

Ex pro piar el cuerpo

Crónicas de mujeres
afrodescendientes
víctimas de
violencia sexual en
el marco
del conflicto
armado
colombiano



Centro Nacional
de Memoria Histórica





Expropiar el cuerpo

Crónicas de mujeres afrodescendientes
víctimas de violencia sexual en el marco
del conflicto armado colombiano



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Expropiar el cuerpo: crónicas de mujeres afrodescendientes víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto armado colombiano

Investigadora principal

Mary Cruz Ortega Hernández

Centro Nacional de Memoria Histórica

María Gaitán Valencia

Ana María Trujillo Coronado (e) (julio-septiembre 2022)

Rubén Darío Acevedo Carmona (2019-julio 2022)

Dirección general

Álvaro Villarraga Sarmiento

Carlos Mario López Rojas (e) (julio-noviembre 2022)

Alex Alberto Moreno Pérez (enero-julio 2022)

Jenny Juliet Lopera Morales (2020-octubre 2021)

Sebastián Londoño Sierra (2020-1.º semestre)

Dirección Técnica para la Construcción de la Memoria Histórica (DCMH)

Yenny Parra Zuluaga

Apoyo a la revisión técnica (DCMH)

Sandra Milena Ramírez Martínez

Apoyo a la gestión editorial (DCMH)

Daniel Fernando Polanía Castro

**Profesional especializado
Estrategia de Comunicaciones**

Linda Carolina Rodríguez

Edición

Sonia Amparo Rodríguez Rodríguez

Diseño y diagramación

Catalina Herrera Ramírez

Corrección de estilo

©Cristian David Arévalo Rojas

Fotografía de guardas (Tumaco)

Número de páginas: 138

Formato: 14 cm x 21 cm

ISBN impreso:

ISBN digital:

Imprenta Nacional de Colombia

Impreso en Colombia - Printed in Colombia.

Queda hecho el depósito legal

© Centro Nacional de Memoria Histórica

Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31,

Bogotá, Colombia

PBX: (601) 7965060

comunicaciones@cnmh.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Bogotá D. C., Colombia

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2024).

Expropiar el cuerpo: crónicas de mujeres afrodescendientes víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto armado colombiano.

CNMH.

Primera edición: diciembre 2024

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica



Contenido

Introducción	11
Prefacio	21
Heridas del conflicto que se agudizan en pandemia	27
Una amiga oculta	29
Poderosa como el mar, con la fuerza de Yemayá	71
Dolores que no sanan en el alma	95
Yo no entiendo por qué a mí siempre me pasa lo mismo	109
Referencias	133

Introducción

*[.] y cuando hablamos
tememos que nuestras palabras
no sean escuchadas
ni bienvenidas,
pero cuando callamos
seguimos teniendo miedo.
Por eso, es mejor hablar
recordando
que no se esperaba que sobreviviéramos.*

Audre Lorde, 1978

Desde el Enfoque de Género del Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), se impulsan procesos de reconstrucción de la memoria histórica que buscan esclarecer y visibilizar los impactos específicos y diferenciales de las violencias ejercidas contra las mujeres en el marco del conflicto armado colombiano. Estas iniciativas, fundamentadas en un análisis crítico de las estructuras de poder que perpetúan la violencia, se centran en las mujeres víctimas de actores armados, cuyas experiencias han sido, por mucho tiempo, relegadas al silencio. En 2018, el CNMH publicó el informe *Expropiar el cuerpo: seis historias*

sobre violencia sexual en el conflicto armado (2018a), un documento que recopila seis crónicas basadas en los relatos de vida de mujeres que fueron víctimas de violencia sexual durante el conflicto.

El presente informe, titulado *Expropiar el cuerpo: crónicas de mujeres afrodescendientes víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto armado colombiano*, continúa el trabajo iniciado en 2018, con el propósito de dar visibilidad a las mujeres negras y afrocolombianas que han padecido este tipo de victimización. Esta segunda entrega de la serie *Expropiar el cuerpo* presenta cuatro crónicas de mujeres que se autorreconocen como negras y afrocolombianas víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto armado en el Pacífico colombiano. El documento pretende hacer un especial énfasis en la interseccionalidad de los sistemas de opresión y dominación que combinan género, pertenencia étnico racial, situación socioeconómica y edad, enfocándose en mujeres que han sido victimizadas en municipios como Buenaventura (Valle del Cauca), El Rosario y Tumaco (Nariño).

Expropiar el cuerpo: crónicas de mujeres afrodescendientes víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto armado colombiano documenta, en formato de crónica, las historias de Mil, Flor de Margarita, Amparo y Yamileth, cuatro mujeres que decidieron romper el silencio y se permitieron hablar de aquello que no se nombra. Removieron en sus recuerdos

aquello que estaba oculto en lo más profundo y, como resultado, encontraron en las palabras una forma de reconfigurar el dolor y el olvido. Este informe presenta, con respeto, la extensión y profundidad que cada una de estas mujeres eligió dar a su relato. Algunas compartieron sus historias con gran detalle, mientras que otras optaron por una narración más breve, pero en todas se percibe la autenticidad de sus voces. Son ellas quienes marcan el ritmo y el tono que se presenta aquí. El informe respeta sus tiempos, su manera de recordar y su forma de expresar lo vivido, reconociendo que, para muchas de ellas, abrirse y narrar estos episodios ha sido un proceso tan doloroso como necesario.

Aunque estas cuatro narraciones no abarcan la totalidad de las complejas dinámicas de la violencia sexual ni de las múltiples formas de violencia que afectan a las mujeres negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras, tanto en el pasado como en el presente, ofrecen una perspectiva valiosa sobre elementos comunes que permiten comprender la intersección de diversas capas de dominación, opresión, marginación y discriminación. A través de estas historias, se visibiliza cómo estas mujeres, debido a factores como su edad, pertenencia o identidad de género y sexual, identidad étnica, situación socioeconómica, o por haber padecido hechos previos de victimización que las ubican como personas en situación de desplazamiento, entre otros factores,

se enfrentan a múltiples situaciones y hechos particulares y específicos de violencias sexuales y de género. Estas violencias, causadas o agravadas por la convergencia de dichos factores, intensifican la discriminación y marginación que han soportado históricamente las mujeres negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras. De este modo, se revela la profundidad y persistencia de múltiples manifestaciones de violencia —directa, estructural y simbólica— que atraviesan sus vidas, perpetuando ciclos de opresión y exclusión que continúan marcando su presente.

En los relatos de las mujeres que participaron en la elaboración de este informe se evidencian elementos comunes que atraviesan sus historias. Todas son y han sido mujeres trabajadoras, relegadas históricamente por las violencias sistémicas y estructurales a trabajos precarios. La pobreza extrema las ha empujado a asumir tareas y ocupaciones que las exponen a múltiples formas de violencia, incluida la violencia sexual, así como a situaciones de vulnerabilidad en trabajos como el doméstico, el agrícola en plantaciones, o en el marco de las dinámicas culturales propias de los territorios que habitan. Estos trabajos, sin garantías laborales ni acceso a un sistema de protección social, profundizan su exclusión, marginación y vulnerabilidad ante las múltiples violencias. Además de lo anterior, a lo largo de sus vidas estas mujeres han

padecido la pobreza extrema y el hambre, y han tenido que luchar incansablemente para asegurar lo más básico para la supervivencia de sus hijos e hijas, quienes, en muchos casos, se ven atrapados en las mismas dinámicas de pobreza y violencia que han tenido que soportar sus madres. Se resalta el caso de Amparo y Yamileth, madre e hija, que exponen sus relatos en este informe.

Los relatos evidencian la total impunidad que rodea los actos de violencia sexual cometidos contra estas cuatro mujeres y la falta de reconocimiento y acción por parte del Estado y la sociedad. Incluso, en los casos no relacionados directamente con el conflicto armado, la justicia ha sido elusiva, perpetuando la desprotección de las víctimas. La revictimización sufrida por ellas dentro de las mismas instituciones que deberían haberlas defendido es una constante que se suma al estigma y las críticas a las que son sometidas en sus propias comunidades. También se pone de presente la ineficacia de las medidas de reparación contempladas en el marco de las leyes de justicia transicional. Estas mujeres no han recibido una indemnización adecuada que las ayude a liberarse de las condiciones socioeconómicas que las encadenan a la extrema pobreza. Asimismo, las intervenciones en términos de rehabilitación psicosocial y reparación simbólica han sido insuficientes para abordar la profundidad de las

heridas emocionales y físicas causadas por la violencia. Ante la falta de respuestas institucionales han tenido que forjar sus propios caminos para sanar y resistir, tanto a nivel personal como colectivo.

Un tercer elemento en común que se pone de presente en este informe lo configura el hecho de que las participantes han sido víctimas de violencia sexual desde edades muy tempranas, una violencia que se ha repetido una y otra vez en diferentes momentos de sus vidas. Esta situación adquiere mayor intensidad cuando las agresiones son perpetradas por miembros de grupos armados, como parte de tácticas de control territorial y dominación de cuerpos que se consideran «objetos de guerra». Estos cuerpos no solo son objetos de guerra, sino que, en el caso de las niñas y mujeres negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras, también se convierten en objeto de apropiación, perpetuando patrones propios de la esclavización colonial y estereotipos, como la hipersexualización de estas niñas y mujeres, que han imperado en los imaginarios culturales de Colombia durante toda su historia colonial y republicana.

Todo esto refleja las formas específicas del patriarcado que afectan de manera desproporcionada a las niñas y mujeres negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras. En los contextos del conflicto armado, estas formas

de opresión se intensifican y alcanzan su expresión más visible a través de los patrones de violencia sexual que buscan deshumanizarlas. Estas mujeres y niñas son convertidas, según las pretensiones de los actores armados, en objeto de un sistema que instrumentaliza sus cuerpos como territorios de guerra, reafirmando la dominación y el control. La violencia sexual a la que son sometidas es una herramienta de opresión colectiva, diseñada para quebrar su dignidad, voluntad y resistencia individual, pero también la de sus comunidades a través del miedo y el terror que se imponen. De esta forma, la violencia sexual en el marco del conflicto armado colombiano, tal como lo señala Caicedo (2020), no solo constituye una agresión física, sino que también refuerza un orden social previamente establecido, basado en la subordinación y el control territorial sobre los cuerpos percibidos como femeninos. Este control, en muchas ocasiones, cuenta con la connivencia de las comunidades, manteniendo estructuras de poder desiguales.

Se identifica que en las comunidades en las que viven las cuatro protagonistas de este informe, como reflejo de la cultura general patriarcal, existen los llamados «arreglos de género», los cuales funcionan como pactos, ya sean formales o informales, que asignan roles y atributos específicos a hombres y mujeres dentro de un orden social determinado.

Estos acuerdos estructuran las relaciones de poder, donde generalmente lo masculino domina sobre lo femenino. Aunque a menudo se presentan como naturales o biológicos, en realidad son construcciones culturales que se entienden y reproducen socialmente. Estos pactos influyen tanto en las relaciones entre hombres y mujeres, como en aquellas con identidades de género no normativas (GMH, 2010).

En este contexto, la «masculinidad hegemónica militarizada», como la define Gallego (2022), amplifica las prácticas de dominación propias de las masculinidades tradicionales, llevándolas al extremo en el marco del conflicto armado. Esta configuración de género no solo subordina a las mujeres, sino también a otros hombres que no se ajustan a ese ideal de masculinidad, sometiéndolos a la feminización o «emasculación». Este patrón de dominación no es exclusivo del conflicto armado; lo precede y, a su vez, refuerza la opresión de mujeres, minorías sexuales y otros sectores marginados.

Un cuarto elemento común que se puede identificar en los relatos de las cuatro mujeres es el sentimiento de «vergüenza hacia sus propios cuerpos», el cual ha sido recurrente en los relatos aquí expuestos. Según el CNMH (2018a), este dolor emocional es difícil de expresar y refleja la transformación que muchas víctimas de violencia sexual experimentan en la relación con sus cuerpos. Los

actos de violencia sexual generan un rechazo profundo hacia su corporalidad, pues buscan despojarlas de su dignidad y voluntad. Este sentimiento, presente en muchos testimonios de víctimas de violencia sexual, se convierte en un obstáculo significativo para establecer o recuperar relaciones afectivas o de pareja. Asimismo, dificulta el disfrute de una vida sexual plena, ya que las sobrevivientes suelen experimentar miedo, rabia y repulsión hacia los hombres, junto con dolorosos recuerdos que las llevan a evitar los encuentros sexuales (CNMH, 2017a).

Todo ello se expresa en un dolor emocional intenso que las puede llevar a tomar decisiones extremas. En el informe *La guerra inscrita en el cuerpo: Informe nacional de violencia sexual en el conflicto armado* (CNMH, 2017a) se reveló que, de las 227 personas entrevistadas que fueron víctimas de violencia sexual, 42 relataron haber intentado suicidarse. Esto evidencia el devastador impacto emocional y psicológico de esta forma de violencia, una realidad que también se reproduce en las mujeres que han participado en la elaboración del presente informe. El informe subraya que la violencia sexual persistente contra mujeres afrocolombianas e indígenas es una forma de dominación que tiene sus orígenes en la época de la colonización.

Con cada una de las cuatro mujeres que narraron sus vidas y los episodios de violencia sexual que padecieron,

se realizaron varios encuentros, tanto virtuales como presenciales, y dos sesiones de entrevistas semiestructuradas que permitieron conocer de cerca sus experiencias, pero, también, permitieron aproximarse y reconocer sus maneras particulares de resistencia frente a las múltiples violencias. Los encuentros y entrevistas con las participantes, esenciales para la construcción de estas crónicas, se realizaron bajo un consenso cuidadoso y respetando estrictamente los protocolos de confidencialidad. Más tarde, cada una de las mujeres tuvo la oportunidad de escuchar sus propios relatos en sesiones de lectura individual, donde pudieron hacer recomendaciones y ajustes a sus narrativas. Durante este proceso, se verificaron fechas, personas y acontecimientos descritos, asegurando la precisión de los testimonios. Asimismo, se procedió a anonimizar sus identidades, ya que algunas de ellas aún enfrentan amenazas. Este acto de preservar el anonimato permite proteger su seguridad y garantizar que sus voces resuenen con autenticidad, manteniendo intactas su dignidad y la integridad de sus historias.

A través de los testimonios de estas cuatro mujeres, emergen las motivaciones que las sostienen día a día, impulsándolas a seguir adelante y a trabajar para que otras mujeres, niñas y adolescentes no tengan que vivir las mismas situaciones de dolor que ellas han padecido.

Prefacio

Estudios como los de Camacho (2004), Cháves (1998), Vergara y Puntiel (2018) y Lozano y Peñaranda (2007) destacan que las mujeres negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras fueron las más afectadas por el sistema colonial esclavista. Víctimas de maltrato, trabajo forzado, explotación y violencia sexual a manos de traficantes y esclavizadores, su papel fue reducido al de máquinas reproductoras de mano de obra esclavizada. De acuerdo con Camacho «el cuerpo de la mujer negra ha sido visto desde múltiples ópticas e intereses: mercancía, fuente de rentabilidad y vehículo de reproducción de mano de obra desde la perspectiva productiva y reproductiva; objeto de dominación y fuente de placer para otros» (2004, p. 175). Hipersexualizadas, empobrecidas y subvaloradas, enfrentaron una doble discriminación basada en su género y en su identidad racial. Estas dinámicas de opresión, aunque abolidas oficialmente hace 173 años, persisten en diversas manifestaciones y formas de violencia en la actualidad.

Durante la esclavización, las mujeres negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras, consideradas como mercancía, fueron asignadas a trabajos domésticos en las ciudades, como cocineras, niñeras, lavanderas y parteras. Estas mujeres fueron perseguidas por sus conocimientos ancestrales traídos de África, siendo acusadas de brujería. En las zonas rurales, se las forzaba a trabajar en minas, plantaciones o en industrias incipientes como en los ingenios azucareros. Además, muchas fueron obligadas a generar ingresos para los esclavizadores trabajando en las calles como vendedoras o, en algunos casos, ejerciendo la prostitución. Estos hechos han perpetuado estereotipos sobre una supuesta sexualidad descontrolada, a partir de la cual se ha configurado un imaginario que atribuye una supuesta hipersexualización «natural» a las mujeres negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras. Estos imaginarios las colocan en una posición vulnerable, pre-disponiéndolas a la apropiación sexual por parte de los hombres, quienes justifican sus actos bajo la falsa idea de que estas mujeres están inherentemente disponibles.

Las mujeres y niñas afrodescendientes experimentan narrativas raciales y de género opresoras que surgieron en países moldeados por el colonialismo y la esclavitud para justificar la violencia. Históricamente, el trato brutal de las mujeres negras esclavizadas, quienes se enfrentaban

a torturas que incluían violaciones, azotes sádicos y desnudez constante de sus cuerpos en subastas y castigos públicos, se justificaba por una ideología racializada y de género. Las narrativas raciales describían a las personas negras como «animales» o «salvajes» que necesitaban ser esclavizados. La esclavitud sexual de mujeres y niñas negras se vio agravada por la creencia de que las mujeres negras eran innatamente lujuriosas y sexualmente desviadas, lo que, a su vez, justificaba la brutal violencia sexual cometida contra ellas. Las narrativas que derivan de la esclavitud histórica persisten hasta hoy, reforzando la opresión estructural y justificando el uso de violencia sexual y otras formas de violencia de género contra mujeres y niñas afrocolombianas (MADRE, 2021, p. 9).

Las mujeres negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras esclavizadas, pese a este sistema implacable de opresión y dominación, protagonizaron valientes actos de resistencia activa frente a las múltiples formas de violencia y dominación. Estas mujeres idearon diversas estrategias para desafiar y subvertir el sistema esclavista. Como lo detalla el libro *Demando mi libertad: mujeres negras y sus estrategias de resistencia en la Nueva Granada, Venezuela y Cuba, 1700-1800* (2018), las mujeres negras crearon diferentes estrategias para conseguir su libertad, la de sus hijos e hijas, y sus familias.

Una de las tácticas más radicales fue recurrir al aborto y al infanticidio para evitar que sus hijos e hijas nacieran en la esclavitud, con el fin de liberarles del sufrimiento que ellas habían experimentado. Otras trabajaban clandestinamente para ahorrar dinero y comprar su propia libertad o la de sus familiares. El «blanqueamiento» fue otra estrategia utilizada por algunas mujeres, que consistía en tener hijos e hijas con hombres blancos con la esperanza de que su descendencia mulata pudiera acceder a mayores privilegios sociales. Aunque en muchos casos estos hombres engañaban a las mujeres con promesas falsas, ellas también aprovecharon estas relaciones para mejorar las oportunidades de sus hijos e hijas.

Además, su potencial emancipatorio se reflejó en el uso de peinados trenzados, que servían para trazar rutas de escape, esconder semillas que plantaban en territorios libres, e incluso ocultar piezas de oro que luego cambiaban por su libertad. Paralelamente, algunas mujeres tomaron el riesgo de confrontar el sistema legal, presentando demandas ante las Reales Audiencias para exigir su libertad, denunciar abusos como maltratos y violaciones, o reclamar promesas incumplidas por parte de sus amos, la reesclavización, la venta de sus hijos e hijas, entre otras atrocidades.

Según Lozano y Peñaranda (2007), las mujeres negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras han sido

históricamente relegadas a la periferia, tanto ellas como los territorios que habitan se han visto sometidos a la explotación y dominación, un patrón que persiste hasta hoy. Esta marginalización se manifiesta en prácticas racistas, clasistas y sexistas, junto con otras formas de violencia que las deshumanizan y vulneran sus derechos fundamentales. La realidad de las descendientes de mujeres esclavizadas africanas es particularmente difícil, ya que muchas de ellas viven en condiciones de pobreza, con escasas oportunidades de educación, empleo, acceso a la salud e infraestructura. Además, enfrentan cotidianamente la ausencia o la presencia diferencial del Estado y la constante amenaza de actores armados en sus territorios.

La herencia colonial ha dejado a las mujeres negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras en un contexto de profunda injusticia social y desigualdad, condiciones que facilitan la perpetuación de violencias basadas en género y violencia sexual, como las que experimentan las protagonistas de estas crónicas. A esto se suma el hecho de que las mujeres negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras que asumen roles de liderazgo en la defensa de la vida y el territorio enfrentan riesgos adicionales. Con frecuencia, son vistas como enemigas por los actores armados, quienes recurren a la violencia sexual como herramienta para silenciarlas, «castigarlas» y reprimir sus

luchas. Como señala el CNMH, «las personas con visibilidad han sido uno de los objetivos de los grupos armados, quienes en los liderazgos ven la amenaza a las posibilidades de control sobre un territorio» (2017a, p. 80). Asimismo, el conflicto armado ha impactado las prácticas económicas, sociales y culturales de las mujeres negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras. Les ha arrebatado la vida comunitaria, el acceso a sus festividades tradicionales y los rituales ancestrales para acompañar y despedir a sus muertos, destruyendo así elementos esenciales de su identidad y resistencia cultural y ancestral.

De acuerdo con el CNMH (2017a), la violencia sexual contra mujeres negras, afrocolombianas, raizales, palenqueras e indígenas, aún presente, es una forma de dominación arraigada en la época de la colonización que se mantiene en el presente. Esta práctica, que busca someter y amedrentar a las mujeres, está íntimamente relacionada tanto con su identidad racial como con los roles de género impuestos desde una temprana edad en sus comunidades. El informe vincula esta violencia a factores estructurales derivados del conflicto armado, como la concentración desigual de tierras, los cambios en los sistemas de producción, la colonización campesina y las dinámicas del narcotráfico. Estos elementos perpetúan e intensifican el ciclo de violencia, afectando a estas comunidades de manera particular.

Heridas del conflicto que se agudizan en pandemia

Los procesos y ejercicios de memoria realizados con las cuatro mujeres cuyas crónicas conforman este informe tuvieron lugar en el contexto de la contingencia global provocada por la pandemia del COVID-19. Durante el confinamiento, mujeres como Flor de Margarita, Mil, Yamileth y Amparo enfrentaron una lucha diaria contra el hambre, ya que la vida en sus territorios se volvió considerablemente más costosa. Sin empleo formal ni posibilidad de recurrir a la informalidad para subsistir, sus opciones de acceder a una vivienda adecuada o a servicios de salud eran prácticamente nulas. Además, no contaban con acceso a agua potable en un momento en el que el lavado frecuente de manos y las condiciones de higiene óptimas eran cruciales para prevenir el contagio. A esto se sumaba la escasez de camas en las unidades de cuidados intensivos (UCI) y la precariedad de los hospitales más cercanos.

Esta situación revela que las mujeres negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras en Colombia vivieron la pandemia bajo una complejidad mayor que otras poblaciones. El COVID-19 no fue solo una crisis sanitaria para ellas, sino que se entrelazó con el racismo estructural, la discriminación de género y las cicatrices abiertas del conflicto armado. Su vulnerabilidad se vio exacerbada por su pertenencia a un grupo social históricamente relegado y marginado, lo que las sumergió en una crisis sanitaria, social y económica de dimensiones devastadoras. El contexto de la pandemia también obstaculizó los procesos de resistencia, sanación y atención en los que se encontraban las mujeres víctimas de diversas formas de violencia, especialmente aquellas que habían sufrido violencias de género y violencia sexual. Muchas de ellas no pudieron retomar sus acompañamientos psicosociales, ni acceder a apoyo virtual debido a la falta de recursos económicos y tecnológicos. Sin acceso a internet o a un teléfono inteligente, quedaron aisladas, sin las herramientas necesarias para continuar con los procesos de sanación que tanto necesitaban.



Una amiga
oculta



Cada vez que enfrenta una situación decisiva, Mil inicia su ritual frente al espejo. Es allí, ante su propio reflejo, donde comienza una conversación íntima, pausada y sincera, como si ese otro yo en el cristal fuera la voz de su conciencia. ¿Cuántas veces habrán compartido estos diálogos silenciosos, Mil y su reflejo, buscando en el fondo de esa mirada respuestas que solo ella puede ofrecerse?

Mil nació en 1970, en Esmeraldas (Ecuador). Se reconoce como una mujer afrocolombiana de cincuenta años, caracterizada por su honestidad y nobleza. Sus risas, cálidas y profundas, son un puente entre las alegrías y las tristezas de su vida. Entre sus primeros recuerdos, destaca uno que la acompaña desde la infancia, cuando apenas tenía cinco años. No logra precisar las circunstancias exactas, pero la imagen de su padre, con lágrimas en los ojos, persiguiendo el taxi que se llevaba a Mil, a tres de sus siete hermanos y a su madre, sigue intacta en su memoria. Esa fue la última vez que lo vio.

Para Mil, las lágrimas de su padre representaban la desesperación de quien se ve obligado a despedirse de sus hijos e hijas, impotente ante la separación que su pareja había decidido. Su madre, oriunda de Colombia, había resuelto dejar Ecuador y volver a su tierra natal, llevándose

consigo a parte de su familia. Al llegar a Colombia, una vieja amiga de su madre les ofreció refugio en una finca ubicada en zona rural del municipio de El Rosario (Nariño) donde vivieron por un tiempo. Sin embargo, pronto se trasladaron a Tumaco (Nariño). A Tumaco, llegaron Mil, su madre y sus hermanos en busca de mejores oportunidades, intentando reconstruir sus vidas. Pero la realidad en esta región resultó ser compleja y difícil. Sin redes de apoyo ni un sustento económico claro, la vida para esta familia se volvió insostenible. Mil recuerda: «Entonces acá [Tumaco] nos tocó duro a nosotros porque nos tocaba vivir de la posada, ¿sí? Nos daban un pancito de diez pesos, pequeñito, uno quedaba con hambre; nos regalaban la comida, pero era muy poquito»¹.

A unos 300 kilómetros de Pasto se encuentra Tumaco, municipio nariñense que parece balancearse entre la ilegalidad y el olvido del Estado. Su ubicación geográfica privilegiada, como puerto comercial y petrolero en el Pacífico sur, ha sido históricamente codiciada por los actores armados que buscan aprovechar sus ventajas estratégicas. Tumaco ofrece una frontera con Ecuador, rápidas salidas marítimas al océano Pacífico y es una de las zonas del país con mayor concentración de cultivos de hoja de coca, lo

1 El testimonio de Mil se encuentra en CNMH. Es una entrevista a una mujer afrocolombiana, lideresa social de 50 años, Tumaco (2019).

que lo convierte en una región clave para el narcotráfico y el tráfico de armas.

Además, el monocultivo de palma africana, que en 2019 ocupaba 19 000 hectáreas, ha intensificado la disputa por el control de este territorio entre empresarios del sector y los grupos armados que protegen sus intereses. Como resultado, la población, mayoritariamente afrodescendiente, ha tenido que acostumbrarse a un entorno marcado por el desplazamiento forzado, la presencia de minas antipersona, las masacres y el despojo de tierras, con niveles alarmantes en comparación con el promedio nacional. Estos crímenes fueron perpetrados inicialmente por las FARC-EP, el ELN y las AUC, y más recientemente por grupos armados posdesmovilización y bandas criminales (PNUD y ASDI, 2010).

A principios de los años noventa, la guerrilla de las FARC-EP incursionó en Tumaco y las zonas aledañas, estableciendo su control territorial. Sin embargo, hacia finales de esta década, los grupos paramilitares comenzaron a disputarse ese control, enfocando su lucha en los centros de acopio de drogas y las rutas de distribución. Los liderazgos sociales, que defendían la vida y el territorio, fueron declarados enemigos por estos actores armados. En la década de los 2000, con la presencia de las FARC-EP y organizaciones paramilitares como las Águilas Negras,

Los Rastrojos y las Rondas Campesinas del Sur, Tumaco y el departamento de Nariño vivieron los picos más altos de homicidios, desplazamientos forzados, extorsiones y amenazas. Las dinámicas del narcotráfico, principal fuente de financiación de estos grupos, se intensificaron, convirtiendo a Tumaco en la zona con mayor cultivo de coca en el país, lo que también llevó al surgimiento y fortalecimiento de bandas criminales (USAID, 2010).

A los diez años, Mil tuvo que despedirse de la familia que le quedaba. En Tumaco, su madre, en un acto desesperado para garantizar su bienestar, decidió entregarla a una familia con mayores recursos económicos. Era su única opción para asegurarle una vida mejor y alejarla del círculo de violencias que acechaba diariamente a las niñas y jóvenes de su territorio: riesgo de reclutamiento, impacto de minas antipersona y municiones sin explotar, desplazamiento forzado, tortura, muerte (PNUD, 2010, p. 62), amenazas, participación en acciones bélicas y economías asociadas al narcotráfico, incluida la explotación económica y sexual, así como la violencia sexual (Humanitarian Response, 2019, p. 3). No era la primera vez que su madre tomaba una decisión tan dolorosa; ya lo había hecho con la hermana de Mil. Solo los varones permanecían en casa.

Sí, me [entregó] a una familia, a una señora que se enamoró de mí: «Tan linda esa negrita, yo la crío, yo le doy el estudio». Y me llevó a vivir a Pasto. Ahí ya me desconecté de toda mi familia, tenía como diez años.

La promesa de esa familia, que aseguraba garantizarle una buena educación y una vida digna, se desvaneció en cuanto Mil cruzó la puerta de su nueva casa. Las verdaderas intenciones pronto salieron a la luz. Desde el primer día, fue destinada a tareas domésticas y al cuidado de los hijos pequeños de la familia. Barrer, trapear y encerar los amplios espacios de la casa sin ayuda, planchar interminables montañas de ropa, sábanas y manteles, se convirtieron en su rutina diaria. El agotamiento físico era tal que llegó a sufrir hemorragias nasales por el calor y el esfuerzo, todo esto a sus diez años.

Historias como la de Mil reflejan una realidad que se ha repetido a lo largo de generaciones de niñas, adolescentes y jóvenes negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras de diversos rincones del país. Entregadas por sus familias o forzadas a huir debido al conflicto armado, su llegada a las ciudades no trae consigo una mejora en sus condiciones, sino la profundización de la vulnerabilidad. Al llegar, enfrentan un racismo estructural que las relega a situaciones de esclavización moderna bajo el disfraz de trabajo doméstico. Con frecuencia, son sometidas a largas

jornadas de trabajo en condiciones indignas, sin acceso a derechos básicos ni oportunidades de vida.

En el caso de Mil, el castigo físico era frecuente si no cumplía con las expectativas de la «señora de la casa», quien la maltrataba sin piedad. Las noches eran aún más crueles. En más de una ocasión, fue obligada a bañarse en un tanque de agua fría y luego dejada en la terraza, expuesta a las bajas temperaturas de Pasto, hasta que la señora decidiera que su «castigo» había terminado. Mil describe ese período de su vida con crudeza: «Eso no se llamaba infancia, sino tortura». Antes de cumplir los doce años, ya había intentado huir dos veces de esa casa y de la situación de esclavización a la que estaba sometida, sin mucho éxito, pero con fuertes consecuencias y castigos.

Ya un día dije me voy a volar y me volé. Me volé dizque al lado de la casa. [Silencio]. ¡Ay!, me entregaron. Cuando me subí a la casa, esa mujer sacó una correa de tres dedos de ancho, de puro cuero; era grandota y agarró y- ¡Taaaa! Me amarró entre las dos piernas y me dio una pela. Yo nunca me olvido de eso, cada correazo me hacía bailar el merecumbé, porque dolía hartísimo. Yo comencé a gritar: «¡Auxilio, me matan!». Entonces, sacó la mano, esas manotas, y me sentó en toda la cara un manotón. Botaba sangre por la boca y la nariz.

La tercera vez que Mil intentó escapar fue gracias a un descuido que no dudó en aprovechar. Una noche, como de costumbre, salió a comprar el pan. Sin embargo, esa vez, alentada por una cuñada de la señora de la casa, quien no podía ocultar su asombro ante tanto maltrato, Mil decidió correr. Corrió hasta que sus piernas no pudieron más, hasta que el aliento se le agotó. Exhausta, terminó durmiendo frente al Hospital San Pedro, con sus pocas pertenencias metidas en una caja de cartón.

Fue en ese lugar donde llamó la atención de una enfermera. La mujer, al ver a la joven abandonada a su suerte, se acercó para averiguar qué había sucedido. Al escuchar su historia, la enfermera decidió ayudarla, evitando que pasara la noche en la calle. La llevó a su casa, donde Mil, nuevamente, tuvo que trabajar en tareas domésticas. A su corta edad, sin una red de apoyo ni medios para subsistir, y con el único conocimiento que tenía —los trabajos de cuidado a los que había sido obligada—, no le quedaban muchas opciones para considerar.

Con el tiempo, Mil decidió huir hacia Ipiales (Nariño), en busca de un lugar donde nadie pudiera encontrarla. Allí, trabajó durante tres años en labores domésticas, recibiendo a cambio una escasa remuneración, comida y un lugar donde dormir. Sin embargo, esta aparente estabilidad no la protegió de los continuos intentos de violencia

sexual en varios de los hogares donde fue recibida. Aparte de las diferencias de clase y el racismo que la marcaron desde pequeña, su juventud incrementaba el riesgo de sufrir estos abusos.

Los hechos que relata Mil revelan la precariedad y vulnerabilidad que enfrentan muchas trabajadoras domésticas en diferentes rincones del país, expuestas a condiciones laborales indignas y a la constante amenaza de violencia. La violencia sexual se convierte en el hilo que entrelaza las historias de miles de niñas, adolescentes y jóvenes negras, afrocolombianas, raizales y palenqueñas. Esta violencia es favorecida por el carácter íntimo y cerrado de los hogares que las acogen, espacios donde sus cuerpos son tratados como propiedad, sujetos a una doble explotación, laboral y sexual. Para las «patronas y patronos» que las reciben, estas jóvenes se convierten en recursos fácilmente apropiables y desechables, utilizadas no solo para cumplir con agotadoras tareas domésticas, sino también para satisfacer deseos sexuales. El silencio que rodea estos abusos perpetúa un ciclo de violencia casi invisible, al amparo de lo doméstico. Investigadoras como Jiménez y Osorio, a través de la realización de 238 entrevistas, han establecido lo siguiente:

Las trabajadoras domésticas en Urabá y Cartagena señalaron que suelen recibir insinuaciones o acoso sexual bajo la amenaza de perder su empleo (21 % y 15 %, respectivamente), que han debido soportar represalias por no aceptar propuestas de tipo sexual (17 % y 4 %) y que conocen casos de otras trabajadoras que vivieron o viven situaciones de violencia sexual con ocasión del trabajo doméstico (41 % y 24 %). (2019, p. 146)

Mil volvió a Tumaco (Nariño) al cumplir quince años, pero no regresó a la casa de su madre debido al maltrato físico que había recibido de su parte cuando era niña. Se fue a vivir con una vecina que la trataba bien y que le permitió ayudarle con las ventas en una tienda de licores. Un domingo, mientras se encontraba sola en casa viendo televisión, fue sorprendida por el hermano de su vecina, quien llegó, cerró la puerta con seguro, la golpeó y violó, aprovechando que su hermana se iba a demorar en volver. No denunció por vergüenza, por temor a que alguien pensara que ella, de alguna manera, había seducido al hombre y porque la única persona a la que había decidido contarle, su vecina, no dio crédito a lo sucedido e imaginó que así sería al iniciar cualquier diligencia legal.

No estaba equivocada. En su comunidad, como en tantas otras, la palabra de una mujer víctima de violencia sexual suele ser puesta en duda, su honra cuestionada y sus

actos escrutados bajo una lupa de prejuicios. Enfrentar la revictimización de parte de familiares, vecinos e incluso de las instituciones a las que se supone debe acudir, es un tormento que muchas no están dispuestas a vivir. Los señalamientos, la estigmatización y la constante lucha interna contra el sentimiento de culpa —nutrido por imaginarios sociales que dictan cómo debe comportarse, vestirse o vivir una mujer—, hacen que el silencio sea, para muchas, la única opción.

Como sobreviviente de ese violento episodio, Mil recuerda haber experimentado un profundo extrañamiento hacia su propio cuerpo y su ser como niña. Las ganas de llorar eran constantes, mientras su mundo interior cambiaba de manera irreparable. Esa experiencia transformó su subjetividad y alteró su manera de concebir el mundo, marcando el inicio de una nueva etapa en la que la inocencia se desvanecía ante el peso del dolor.

Yo era todavía una pelada alegre, [me] gustaba jugar yermis, [me] gustaba andar jugando, y a lo que [me] pasa eso, ya no soy la misma. Para comer, iba a meterme la cuchara a la boca... lloraba, ya no comía, sino que me ponía a llorar. Si me ponía a llorar, me acostaba en la cama y estaba llorando, me decían: «Mil, vamos a jugar quemados» y yo no iba a jugar. O sea, ya no es lo mismo, porque cuando a uno alguien lo agrede, uno queda con

esa vergüenza en el cuerpo, que lo han tocado, que le han hecho daño. O sea, uno ya no es el mismo. «¿Vos qué es lo que te pasa? ¿Vos qué tienes? ¿Estás enferma? No, muchachas, últimamente me duele mucho la cabeza», pero era mentira. Pensaba que me sentía mal; no le miraba la cara a nadie. Iban las muchachas a buscarme a la casa y yo no hablaba con nadie, yo era con la cabeza agachada. No es lo mismo para una niña que le hayan hecho un daño de esa clase, a una niña que no haya sido violentada, no es lo mismo. Totalmente cambia todo su cuerpo, su pensamiento y la manera de pensar. Yo lo único que pensaba era en matar a ese tipo.

Mil, sin embargo, trató de continuar con su vida. Luego de cumplir sus dieciséis años, conoció a un chico blanco mestizo del barrio con quien inició una relación sentimental. Al poco tiempo comenzó a sentir cómo se transformaba su cuerpo. Nadie le había hablado de sexualidad o métodos anticonceptivos, y quedó en embarazada sin saberlo. Mil ama a su hijo y recuerda cómo era de lindo y querido por todo el mundo: «la gente decía que si yo era la empleada del niño porque como yo era negrita y el niño era blanco, y yo decía que sí». La relación fue corta porque Mil se dio cuenta de que, luego del hecho violento, no se sentía cómoda en una relación de pareja con un hombre. Después de un tiempo compartiendo con él, no soportó

más su presencia y sintió que no le podía imponer a su cuerpo una sexualidad que le resultaba incómoda.

Mil se esforzó por terminar su bachillerato, pero un hecho la impactó fuertemente a ella y a varias de sus compañeras, truncándoles la posibilidad de graduarse a escasos tres meses de terminar grado once. Una de las estudiantes del colegio fue asesinada a las afueras del barrio donde vivía Mil. La joven fue asesinada por haber puesto una férrea resistencia ante un intento de violencia sexual en su contra. A raíz de este hecho, quienes no pudieron contar con acompañamiento de un familiar en el trayecto hacia la escuela decidieron desertar por miedo a que les sucediera algo parecido. Mil, quien ya había pasado por esa situación, fue la primera en dejar de ir a estudiar. Estos hechos además de ocasionarle afectaciones psicológicas a Mil, también obstaculizaron su trayectoria educativa y con ello la posibilidad de explorar un perfil socioocupacional que le permitiera escapar, de alguna forma, a la circularidad de las violencias a las que había estado expuesta desde su niñez.

Mil no solo carga con su propia historia, sino también con los relatos de amigas, vecinas y conocidas que han sido víctimas de situaciones similares. Esto reafirma que su caso, al igual que el de la joven que fue trágicamente asesinada, no eran hechos aislados en Tumaco. En esta

región y en otros territorios donde el accionar armado tiene una fuerte presencia, se exagera la visión del espacio público como un escenario de poder. Ese poder, disputado por masculinidades bélicas, refuerza formas de violencia que subordinan la presencia y la movilidad de los cuerpos marcados socialmente como femeninos. De esta manera, el simple acto de transitar libremente por el territorio, se convierte en una actividad peligrosa, algo que se les recuerda constantemente a las mujeres, y a las comunidades en general, cada vez que una de ellas es víctima de acoso o violencia sexual. Irónicamente, las estrategias que las comunidades despliegan para proteger a niñas, jóvenes y mujeres adultas terminan, de manera indirecta, legitimando la desigualdad sexual que los repertorios de violencia armada promueven.

A lo largo de su vida, Mil enfrentó numerosas situaciones difíciles, pero a los diecinueve años trajo al mundo a su segundo hijo. Poco después, con la firme intención de obtener su título de bachiller, decidió retomar sus estudios. Sin embargo, no pudo continuar. Las agotadoras jornadas de trabajo, necesarias para mantener a sus dos hijos, la dejaban exhausta. En el aula, luchaba contra el sueño y el cansancio, a pesar de que su madre, una amiga o la vecina le ayudaban ocasionalmente con el cuidado de los niños. Cuando cumplió veintiún años, Mil tuvo a su

tercer hijo. En un intento por formar una familia estable, decidió construir una vida junto al padre de este bebé, pero la relación fue imposible de sostener. Las repetidas infidelidades de su pareja debilitaron cualquier posibilidad de convivencia. Después de dos años de intentarlo, Mil comenzó a distanciarse; mientras el machismo y el consumo de alcohol de su compañero aumentaban, el cariño que alguna vez los unió desaparecía.

Por aquel tiempo, Mil forjó una profunda amistad con una mujer, quien la acompañaba a las citas médicas, se convirtió en su confidente y, de vez en cuando, le regalaba golosinas cuando se veían. Con cada gesto de cariño y con el interés genuino por ayudarla, la relación entre ambas fue creciendo. Un día, mientras la amiga le preparaba un colchón para que Mil pasara la noche en su casa, sus rostros quedaron muy cerca y, de manera inesperada, un beso las sorprendió.

Ella, o sea, me tenía vigilada, o sea, que ya estaba muy interesada. Entonces, un día yo fui a la casa de ella que estaba cerquita, y le dije: «Ve, vení para acá, vamos a tomar algo, te invito». Y ella: «Bueno», pero yo ya estaba mareada, ya estaba chapeta, jajaja. Bueno, pues yo como estaba mareada y cansada de tanto rumbear, entonces, ella decía que estaba cerca a su casa y que tenía un colchón en el piso. Yo me tiré en el piso y le puse la cara [...].

mi cara quedó en la cara de ella y llegó y... [sonido de beso]
ja, ja, ja, ja, me robó un beso.

Aunque en ese momento Mil desconocía lo que significaba ser pareja de una mujer, sí sabía muy bien lo que era el maltrato de quienes habían sido sus compañeros. Conocía la ausencia de abrazos, la falta de palabras que la hicieran sentir querida y la carencia de gestos sencillos de cariño. Con el tiempo, la relación entre Mil y su amiga se fue transformando en algo más profundo. Lo que comenzó como una amistad, se convirtió en un vínculo lleno de complicidad y afecto, donde Mil se sentía valorada y especial. Las rosas que aparecían como por arte de magia cuando cerraba los ojos y las velas encendidas a la hora de la cena creaban una atmósfera romántica que alimentaba el amor creciente entre ambas. En su compañera, Mil encontró un refugio de afecto sincero, un espacio donde, por primera vez, se sentía amada de una manera distinta a todo lo que había vivido antes.

Pronto, esta relación sentimental marcó el punto de ruptura con el padre de su tercer hijo, quien no pudo aceptar que Mil lo dejara por otra mujer. Lleno de rabia, intentó someterla con violencia, pero Mil no cedió ni un solo paso. Lejos de retroceder, enfrentó la agresión física con una determinación que sorprendió a su atacante. En el fragor de

la lucha, Mil, en un acto de defensa, le propinó un golpe con la cabeza que dejó a su expareja con una hemorragia nasal. Poco después, él regresó acompañado de una patrulla de Policía, aún con la sangre corriendo por su rostro, intentando hacerse la víctima de la misma mujer que había intentado dominar. A pesar de la violencia, Mil mantuvo su posición firme, reveló su fuerza física y su fortaleza emocional con su decisión de no retroceder frente al abuso.

La compañera sentimental de Mil le propuso que se mudaran juntas, y ella aceptó. Decidió regresar a la finca en El Rosario, el lugar que siempre había considerado su hogar. Allí había pasado parte de su infancia y era la tierra de su madre, quien había fallecido en el año 2000. Con el tiempo, sus hermanos se trasladaron a Tumaco, dejando la finca para Mil y su pareja. Para que sus hijos pudieran continuar con sus estudios, Mil decidió que se quedaran al cuidado de su hermana en Tumaco. Aunque vivir lejos de ellos no era fácil, Mil aprovechaba cada oportunidad para visitarlos. Mientras tanto, en la finca, junto a su compañera, una mujer emprendedora y trabajadora, se dedicó a cultivar la tierra. Ambas descubrieron una relación distinta, libre de las dinámicas de control y dominación que Mil había sufrido en el pasado. Por primera vez, Mil se sentía feliz, plena y segura, convencida de que no la lastimarían. Aunque los familiares de su pareja desconocían que eran

compañeras sentimentales, les ayudaban con el trabajo en la finca. Cultivaban cacao, que vendían en Tumaco con la ayuda de los primos de Mil, además de cosechar coco, yuca, caña y plátano. También criaban gallinas y cerdos. Fueron días llenos de satisfacción, en los que parecía que nada les hacía falta.

El Rosario es un municipio situado a 124 kilómetros de San Juan de Pasto, que limita con el departamento del Cauca y la depresión de El Patía. Está situado en el macizo colombiano al norte del departamento de Nariño, con ecosistemas de altiplano andino y valle cálido tropical. Principalmente, es una región campesina y agrícola, rodeada de verde y algunos miradores naturales, que se ha visto seriamente afectada por las actividades de los grupos armados en el departamento de Nariño. Está habitado predominantemente por población mestiza con fuertes raíces indígenas y también hay presencia de población afrodescendiente. (USAID, 2010, p. 6)

Con el tiempo, grupos armados comenzaron a llegar a El Rosario y el ambiente se volvió hostil para Mil. Aunque ella no pudo identificar con exactitud qué grupo armado comenzó a operar en la región, según varios informes, artículos de prensa y boletines internacionales, se presume que hacia el año 2009 el grupo con mayor presencia en El Rosario era las FARC-EP, específicamente el Frente 29 y

el Frente 64 del Bloque Conjunto Occidental. No obstante, debido a la importancia de la zona como área de cultivos de coca y corredor estratégico, también se registró actividad del ELN y otras bandas que utilizaban estas rutas para el tráfico de drogas hacia el Pacífico, especialmente desde el Cauca. Los hombres armados, no identificados por Mil, la acosaban debido a su relación con otra mujer, llegando incluso a amenazarla con violencia sexual por sus preferencias. Uno de ellos, en particular, no perdía oportunidad de intimidarla verbalmente cada vez que se cruzaban, aumentando la tensión y el miedo que ella sentía en su propio hogar. Mil recuerda que este sujeto le decía cosas como las siguientes:

«Ve, te metes conmigo y te hago gritar, te hago sentir mujer». Así le dicen a uno. «Ve, donde yo te agarre a vos, te lo meto es todito para que sientas lo que es un hombre. ¿Vos sabes lo que es un hombre? Qué mujer tan bonita, ¿no se puede buscar un hombre? ¿Qué te hemos hecho..?». No ve que ellos se sienten ofendidos, porque creen que uno, supuestamente, les tiene rabia a los hombres. Ellos le dicen piropos a uno, y como uno no les para bolas, entonces se sienten mal.

Las frases de las que Mil y su compañera huían a menudo revelaban que el acoso selectivo no solo se debía a la presunción de una relación entre mujeres, sino también

a la posición de Mil como mujer racializada. La pareja estaba compuesta por una mujer afrodescendiente, Mil, y otra mestiza, su compañera. Las agresiones verbales dejaban en evidencia el racismo latente: «Entonces ellos decían: “¡Ay, semejante mujerón para esta negra fea!”». En ese contexto, el simple hecho de sospechar que una mujer mantenía una relación con otra mujer representaba una transgresión a las normas de género y sexualidad. Según Mil, los grupos armados interpretaban esto como una ofensa, ya que, en el imaginario social, las mujeres debían formar relaciones afectivas y sexuales exclusivamente con hombres. Mil intentó mantenerse fuerte, ignorando cada insinuación, acoso sexual y amenaza; sin embargo, asegura que los comentarios de la comunidad sobre su relación fueron aumentando la tensión y el peligro que sentía.

Los discursos y prácticas sociales que se basan en imaginarios y creencias para discriminar y excluir a quienes expresan, sienten, se autorreconocen y aman de manera contraria a los órdenes de género establecidos, han sido responsables de materializar una violencia estructural en las familias, las escuelas, los espacios laborales y la comunidad. A lo largo y ancho del país, se ha demostrado cómo esta violencia puede engranarse con los proyectos y lógicas de los actores armados. De este modo, las violencias que experimentan las personas con identidades de género y orientaciones

sexuales no heteronormativas en sus propias comunidades, se convierten en caldo de cultivo y soporte para las agresiones que luego despliegan los grupos armados, intensificando tanto el daño como sus consecuencias.

A principios del año 2009, Mil y su pareja vivían solas en la finca. Mil recuerda que el hecho de no contar con la presencia de hombres en el hogar las ponía en una situación de riesgo constante. En la comunidad era bien sabido que los grupos armados solían atacar sexualmente a mujeres que vivían solas como parte de su repertorio de violencia. Una noche, un grupo de seis guerrilleros irrumpió en su terreno. Aunque Mil no pudo identificar a qué grupo armado pertenecían, estaba segura de que eran guerrilleros. Aprovechando la soledad de la finca, derribaron la puerta y entraron con violencia. Comenzaron a golpearlas, y uno de ellos cortó a Mil en el brazo con un cuchillo, mientras otros dos la inmovilizaban. Ella y su compañera gritaron pidiendo auxilio, pero las fincas estaban tan alejadas entre sí que nadie las escuchó. Su pareja intentó defenderla, golpeando e insultando a los agresores, pero la inmovilizaron, obligándola a presenciar cómo Mil era violada. Estos hechos se llevaron a cabo con una sevicia² evidente, acompañados de agresiones verbales

2 La sevicia, en derecho penal, consiste en los malos tratos realizados con crueldad y con el propósito de hacer sufrir. Se requieren dos

que dejaban claro que lo que estaba ocurriendo era una sanción impuesta por el grupo armado debido a su relación. La violación sexual no fue un acto aislado, sino parte de un repertorio de violencia utilizado como un recurso «correctivo» frente a una orientación sexual que el grupo armado consideraba transgresora, ilegítima y antinatural. Mil recuerda lo que les decían en ese momento:

¡Sienta, sienta un hombre! Es un hombre el que tiene que cogérlas a ustedes, no entre mujeres, vagas... ¿Es que no hay hombres? Mire tantos hombres y ustedes todas vagas, mariconas, sucias... Para que busquen hombres y dejen de ser arrechás, que los hombres hacemos rico.

Aunque el testimonio de Mil no profundiza en el significado que los armados atribuían al descalificarlas como «vagas» durante la violación, es posible sugerir, como hipótesis analítica, que desde la perspectiva de una masculinidad hegemónica y militarizada, una mujer lesbiana no estaría cumpliendo el rol asignado por los arreglos de género predominantes en el territorio. Estos arreglos subordinan

elementos: uno físico, los malos tratos; y otro psicológico, la intención despiadada de causar daño. En este caso, hubo golpes en la cara, en la cabeza y una herida profunda en el brazo. Además, la violencia verbal tenía como objetivo generar sufrimiento, imponiendo una sanción por la transgresión a los arreglos de género establecidos en el territorio por los grupos armados. La violencia sexual frente a su pareja puede considerarse una forma explícita de crueldad.

los cuerpos femeninos, considerándolos apropiables, y cualquier intento de una mujer por escapar de esa lógica de apropiación sexual —rechazando la opresión implícita en esa dinámica— es percibido como una transgresión. En ese contexto, ser llamada «vaga» puede entenderse como un reproche hacia quien no cumple con el orden social impuesto por la comunidad. Así, la «violación correctiva» puede interpretarse como un intento de reinscribir a las mujeres lesbianas dentro del marco de disponibilidad sexual para los hombres, perpetuando la relación de dominación que se pretende mantener en el territorio. Mil continúa:

[.] y entonces le daban golpes a uno; nos estropeaban. Porque él, como yo no le paraba bolas, dio la orden para que hicieran todo eso conmigo. Él también lo hizo, él lo hizo. Porque una cosa es que uno lo cuente y otra cosa es que uno se esté acordando de lo que le está pasando en realidad; lo que uno no quiere y que el otro lo esté ahí, como decir, masacrando, o sea, haciendo duro, es una cosa muy dolorosa. De verdad que uno no quiere que esto le pase a nadie. Lo cogen a uno a la fuerza y cuando uno ya no se deja, y ellos ven que no pueden, ahí lo cogen y lo agreden a uno, lo cogen entre dos y se mueren de risa. O sea, uno queda muy afectado porque las palabras que le dicen a uno no se olvidan y los golpes, menos.

En medio de sus gritos y desesperación, Mil recibió un puñetazo en la cara y un golpe en la cabeza con una pistola. El impacto fue tan brutal que los guerrilleros creyeron haberla matado. Cuando finalmente recuperó el sentido, su compañera ya no estaba. Los actores armados se la habían llevado y Mil nunca volvió a saber de ella. En medio de la conmoción, Mil reconoció entre los agresores al guerrillero que solía acosarla en el pueblo y asumió que fue él quien dio la orden, motivado por el rechazo que siempre mostró hacia ella.

[...] desde ese golpe que ese hombre me dio, las cosas se me olvidan. A veces para acordarme de algo, tengo que anotarlo. Yo tengo un espejo y con un marcador borrable anoto ahí lo que debo hacer tal día y me quedo mirando, porque así, así, se me olvidan las cosas. ¿No ve que me dieron duro en la cabeza? Y entonces cuando él llega y me da así, yo no me acuerdo de nada más. Cuando ya me levanto, estoy como mareada y la cabeza me da vueltas.

Pasó mucho tiempo antes de que Mil volviera a sentir su piel cerca de la cortada que le había hecho el guerrillero en el brazo. Entre el momento en que recuperó la conciencia, tras el golpe con el arma y la llegada de una amiga suya —la enfermera que estaba en la vereda para coserle la herida— transcurrieron varias horas. Mil no contó a nadie lo ocurrido, no solo por vergüenza, sino también por

el miedo que sentía tras la desaparición de su compañera. En ese contexto, la desaparición de alguien cercano era una advertencia; denunciar podría significar poner en riesgo la vida de un ser querido y la propia. Después de aquella noche, Mil vivió el dolor del desarraigo. Se vio obligada a desplazarse para evitar ser víctima de otro ataque. Poco a poco fue llevando sus pertenencias a Tumaco, hasta que un día simplemente no regresó a la finca de El Rosario. Fueron tiempos duros y llenos de dolor. «¿Qué piensa uno? ¡Que nació para sufrir!», decía Mil.

La noche en que el grupo armado llegó a la finca de Mil buscaba enviar un mensaje, como ha ocurrido en tantos territorios del país, cuyas historias han sido relatadas por sobrevivientes. Los armados buscaban destruir la relación de Mil, que representaba una transgresión a los órdenes de género y sexualidad del territorio. La relación de Mil incomodaba a algunos habitantes del lugar, no solo por tratarse de una pareja de mujeres —discriminación por orientación sexual—, sino también por el hecho de que Mil y su compañera eran mujeres negras, lo que evidenciaba el racismo subyacente en estos hechos.

A la «violación correctiva» se sumaron, en el caso de Mil, el intento de asesinato, la desaparición forzada y el desplazamiento forzado, lo que permitió a los agresores materializar su intención de imponer la vigencia de una

heterosexualidad obligatoria. Fue una reacción desmesurada que incluyó una violencia aún mayor contra Mil, pues la consideraban una amenaza que les arrebatara el acceso y control sobre las mujeres del territorio. Durante los cinco meses siguientes, Mil lloraba casi a diario, no tenía fuerzas para levantarse de la cama y perdió el apetito, adelgazando considerablemente. Las pesadillas con fragmentos de los hechos traumáticos que vivió la acompañaban en las madrugadas, perturbando su descanso.

A veces me encontraban llorando y yo les decía que era porque se me había muerto mi mamá. O sea, yo decía que era la muerte de mi mamá siempre, no decía que era lo otro, porque, mire, es que, si a usted le pasa una cosa de esas, uno no puede hablar, uno no puede decir nada, [a] la mínima que uno hable.

Por aquella época, una gran cantidad de pensamientos inundaba la mente de Mil cada vez que recordaba lo ocurrido. Esa situación, que se sumaba al primer evento de violencia sexual que había sufrido a los quince años, la llevaba a imaginar formas de vengarse de sus agresores y a sentir deseos de acabar con su propia vida.

[...] porque estaban todos los hechos recientes en mí, y dije, pues no. ¿Para qué uno sigue viviendo si solo lo persiguen para matarlo, para violarlo, para hacerle las maldades?

Y ojalá yo me metiera con la gente, o yo peleara por ahí con... ¡No, yo no peleo con nadie! ¡No, yo no salgo de mi casa! Por tantas cosas y yo decía: «¿Yo para qué vivo? Mejor es que me muera. Tal vez en el otro mundo esté mejor». Pues cada vez que me han agredido, me he querido matar. Pero no he tenido la fuerza, no he tenido la voluntad de matarme. No he podido, mejor dicho. No, no.. [silencio] no he podido. No he sido capaz. He intentado, he pensado y todo. Porque he creído que es la mejor salida.

Mil recuerda que, en su desesperación, llegó a preparar una cuerda y la ató a una viga de la vivienda donde se encontraba, con la intención de quitarse la vida. Sin embargo, en el momento decisivo, la cuerda se rompió, impidiéndole llevar a cabo su intento. A pesar de todos los hechos desafortunados que ha vivido, ha intentado seguir con su vida y ha tenido que reinventarse muchas veces para asegurar el sustento de su familia, desempeñando diversos oficios, desde el servicio doméstico, la venta de aguardiente y el trabajo como ayudante de restaurante, hasta convertirse en cultivadora de cacao. Actualmente, trabaja por temporadas como jornalera en un cultivo de palma africana. Para llegar allí, debe tomar dos carros, una lancha y una canoa, viajando por varias horas hasta la frontera con Ecuador, donde trabaja por hectáreas en la selección de frutos. Ella comenta que el trayecto es

seguro, pero que la mayor amenaza la representan, de vez en cuando, las serpientes que se cruzan en su camino mientras avanza cosechando. A diferencia de sus compañeros, nunca ha matado a ninguna y hasta ahora ninguna la ha atacado. Recuerda este «pacto implícito» con humor, incluso, cuando, al inicio de sus jornadas de trabajo, sus compañeros le jugaban bromas colocando serpientes pequeñas entre sus cosas para ver su reacción. Entre risas nerviosas, Mil confiesa que no es solo temor lo que siente, sino pánico, aunque siempre ha mantenido la compostura para evitar que se burlen de ella.

A pesar de sus habilidades y experiencia, hubo momentos en los que la precariedad laboral la golpeó con mayor fuerza. En ocasiones, no tenía nada para alimentar a sus hijos, lo que la obligaba a salir rápidamente en busca de una solución. Mil recuerda con tristeza: «yo a veces no comía, pero mis hijos sí comían». Una de esas veces fue a visitar a su comadre, quien tenía un restaurante pescadería. Aunque nunca le contó nada sobre su situación, Mil la ayudaba en el restaurante atendiendo a los clientes. Al cabo de unos días, la comadre, agradecida por su dedicación, le ofreció un trabajo formal con sueldo.

En otra ocasión, un conocido fue a visitarla en un momento de extrema dificultad económica. Al verla en esa situación, le ofreció un trabajo inusual: necesitaba mujeres

para transportar cargamentos de drogas ilícitas. Aunque Mil nunca había tenido relación con la ilegalidad, le pidió tiempo para reflexionar sobre la oferta. Como en otras ocasiones de su vida, cuando enfrentaba decisiones difíciles o dilemas, Mil recurrió a su ritual de reflexión. Se colocó de pie frente al espejo de su cuarto y comenzó a sopesar en voz alta los pros y contras, el hambre apremiante y las cuentas por pagar, contra el riesgo de llevar cápsulas de droga en su cuerpo a cambio de una considerable suma de entre veinte y treinta millones de pesos por viaje. Por un lado, no tenía empleo y su situación se hacía cada vez más crítica; por otro, el peligro de ser arrestada, asesinada o de que sus hijos crecieran solos y cayeran en la delincuencia. Caminaba de un lado a otro en la habitación mientras el diálogo interno continuaba. La conversación consigo misma fue dura, honesta. Cada vez que una parte de Mil preguntaba, la otra respondía rápidamente. Finalmente, una de sus voces interiores, en sintonía con su intuición, ofreció el mejor argumento; «No». Terminó el ritual más tranquila y con una decisión clara. Hasta el día de hoy, Mil siente que se dio el mejor consejo posible, y no había nadie mejor que ella misma para hacerlo.

En uno de los barrios de Tumaco, Mil ha construido su hogar, una casa sencilla que ha levantado con esfuerzo y poco a poco. Su barrio, rodeado por el mar, refleja

vívidamente lo que el conflicto armado ha significado para la población civil. La vida comunitaria depende del actor armado que esté al mando, de las tensiones entre quienes se disputan el territorio y de las batidas policiales en busca de armas y explosivos. Es un lugar donde las dinámicas del conflicto armado están arraigadas en la cotidianidad. La casa de Mil es lo único que posee y sabe que si tuviera que venderla, no obtendría mucho por ella. Además, carece de los recursos económicos para pagar un arriendo en otro lugar. Es su refugio, su única certeza en medio de un territorio marcado por la violencia y la incertidumbre.

En el pedazo donde yo vivía, todos los días se daban plomo. Uno vivía exaltado todos los días. A veces estaba cocinando y de repente, ¡pam, pam, pam!, uno al piso. De noche, de día, a cualquier hora. Ya la gente salía solo a mirar muertos. Mataban a la gente y salían campantes con su arma en el bolsillo y uno asustado. Yo salgo en la moto y veo que otros tipos no le habían puesto el escape a su moto, le habían hecho un hueco en el escape y eso sonaba como bala, ¡pam, pam, pam! Entonces yo pensaba que se estaban dando plomo. ¿Qué hago? Yo parqueo la moto y me tiro al piso en la calle. Había un montón de gente y del susto, porque parecía que venía un grupo tirando bala, suelto la moto, la dejo en el piso y me tiro boca abajo. Cuando ya pasa la bulla, me doy cuenta de

que era el escape de la moto. Mire cómo queda uno, que no alcanza a escuchar ni un ¡pum! y ya piensa que lo van a matar, ¿si me entiende? Yo pensé que estaban echando bala, y la gente se muere de risa. Pero uno está asustado y no lo toma con gracia. Uno ya piensa que todo es peligroso... que si estalla una bomba, ¡pum!, uno ya está asustado. Suena un tote y uno ya está asustado. ¿No ve que uno está viviendo en la pura y propia violencia?

El año 2014 fue otro que quedó grabado en la memoria de Mil. Una noche, mientras regresaba a casa en su moto acompañada de una amiga, fueron detenidas abruptamente por una camioneta. Varios hombres armados las obligaron a abandonar la moto en un andén y subir a un carro rojo. Las llevaron hasta El Tigre, donde ambas fueron violadas mientras les gritaban: «Eso les pasa por ser lesbianas». Las liberaron pasada la medianoche, dejándolas a varias horas de caminata de regreso a Tumaco. La amiga de Mil decidió abandonar el país de inmediato, mientras que Mil, enfrentando su tercer hecho victimizante, buscó ayuda en Médicos Sin Fronteras, donde le administraron una dosis de antirretrovirales para prevenir el contagio de enfermedades de transmisión sexual y le realizaron algunos exámenes médicos.

A la incomodidad que ya Mil sentía hacia los hombres por las violencias sufridas en el pasado, se sumaron

sentimientos de aversión, enojo y desconfianza. La tranquilidad se le escapaba y el llanto la sorprendía con frecuencia. Un día, después de reflexionarlo y al ver un cartel en el hospital, decidió acudir a una psicóloga del programa Médicos Sin Fronteras. La experiencia le dio confianza y herramientas para manejar sus emociones y comenzar a sanar. Tuvieron varias sesiones, pero el tratamiento se vio interrumpido cuando Mil, debido a las demandas de su trabajo, dejó de asistir a las citas. Los daños y afectaciones de la violencia sexual en la vida de Mil se han manifestado en consecuencias físicas y emocionales, al dejar huellas que aún persisten. Ella relata que, en silencio, sufría dolores en el bajo vientre, una secuela de los hechos vividos, y que la depresión la acompaña en ciertos momentos. Además, las pocas veces que ha compartido su historia con alguien, al regresar a casa, se ve abrumada por los recuerdos.

Mil no ha podido vivir con sus hijos porque «el barrio no es seguro para los muchachos». Su hijo mayor, un músico que se refugiaba en el arte para mantenerse alejado de la guerra, tuvo que huir para evitar ser reclutado por los grupos armados. En una ocasión, Mil lo rescató de ser reclutado por unos jóvenes guerrilleros que lo invitaban a pescar, utilizando este hecho como pretexto para llevarlo a la milicia. Ya lo tenían en una lancha cuando un vecino le informó a Mil, preguntándole si le había dado permiso a su

hijo para ir solo. Inmediatamente, ella tomó su moto y llegó al lugar. Fingiendo indiferencia, lo llamó con insistencia, diciéndole que debía regresar a casa porque su padre lo necesitaba. Mil recuerda que «Los peladitos mismos convencen a los otros para que se metan, les dicen sus mentiras». Después de ese incidente, Mil empacó apresuradamente la ropa de su hijo en una bolsa de basura y llamó al padre del joven, pidiéndole que se lo llevara antes de que fuera demasiado tarde. En 2015, su hijo desapareció y hasta hoy Mil desconoce si fue reclutado por la guerrilla o si aún está vivo. Ella sospecha que lo perseguían por su gran altura.

El informe del CNMH *Una Guerra sin edad: Informe nacional de reclutamiento y utilización de niños, niñas y adolescentes en el conflicto armado colombiano* (2017b) identificó, a través de trabajos de campo, entrevistas y testimonios de víctimas directas del accionar armado, que los actores armados vendían ideales, engañaban, seducían y abrían falsas expectativas para atraer a niñas, niños y adolescentes, con lo cual engrosaban sus filas. Además, se han recopilado testimonios que revelan otras estrategias utilizadas por estos grupos, como ofrecimientos económicos, el suministro de sustancias psicoactivas y la coacción para forzar el reclutamiento.

Por su parte, el hijo menor de Mil estudia música y, por temor al reclutamiento forzado, su padre lo lleva todos los

días a clase, y se asegura de que regrese en el bus que lo deja justo frente a la casa. El destino del segundo hijo de Mil fue aún más trágico. En 2017 fue violentado sexualmente por miembros de la guerrilla de las FARC-EP y, tras una brutal golpiza, murió pocos días después.

El investigador Gabriel Gallego (2022) destaca dos fuentes oficiales que desagregan datos sobre la violencia sexual contra hombres en el marco del conflicto armado colombiano, entre 1985 y 2021. La primera corresponde al Registro Único de Víctimas (RUV), que recoge 2478 casos de hombres que declararon ante organismos judiciales haber sido víctimas de delitos contra la libertad e integridad sexual en el contexto del conflicto armado. La segunda está relacionada con los microdatos del Observatorio de Memoria y Conflicto (OMC), que registran 1461 casos de hombres víctimas de violencia sexual. Además, el estudio subraya que el departamento de Nariño ocupa el tercer lugar en el país en cuanto a la cantidad de hechos de violencia sexual, solo antecedido por Antioquia y Magdalena.

Para Mil, vivir sola no ha sido una elección, sino una estrategia de supervivencia para ella y su familia en una región marcada por el accionar armado. La inseguridad del entorno donde vive no solo representa una amenaza constante para su hijo menor, sino que también refuerza la imposibilidad de vivir su sexualidad libremente, una realidad

que le es recordada de manera frecuente. En primer lugar, por los hechos violentos que ha sufrido personalmente; en segundo lugar, por los dos episodios de violencia que ha vivido junto con sus compañeras sentimentales; en tercer lugar, por los panfletos que circulan en su barrio, donde los actores armados amenazan: «Todos esos maricones, esas lesbianas, esos que tienen sida, esas prostitutas, [...] ladrones, atracadores; los vamos a matar»; en cuarto lugar, por el ocultamiento forzado al que deben someterse las personas con orientaciones sexuales no heteronormativas para evitar el rechazo y los señalamientos de la comunidad, y, finalmente, por la presencia constante de su agresor en el barrio donde vive.

Mis hijos ya están grandes y la gente critica mucho, entonces le empiezan a decir cosas a uno. Entonces es como difícil en este medio, y yo para evitar problemas, ya no... más con ese hombre por ahí rondándome. Si yo viviera en otra parte, sería diferente, pero aquí en Tumaco no puedo vivir una vida con nadie; tengo que vivir sola.

Una noche, mientras conversaba con algunas vecinas después de haber compartido una cerveza, Mil vio pasar a uno de los agresores de aquella terrible noche en El Rosario. El hombre saludó de lejos al grupo con el que ella estaba; Mil cambió automáticamente la expresión de

su rostro. Una de sus vecinas le contó que él era el jefe de jefes de la guerrilla en el territorio. A partir de ese día comenzó un constante ir y venir para Mil. Desde la casa de su hermana, en otro sector de Tumaco, suele llamar a sus vecinas para preguntar si el jefe guerrillero está en el barrio. Cuando no está, Mil regresa a su casa; cuando él vuelve, ella se va. Ha mantenido esta rutina como una estrategia para protegerse y evitar nuevos hechos victimizantes.

Sin embargo, en varias ocasiones ha sido sorprendida por el hombre, quien no pierde oportunidad para asustarla, amenazarla, acosarla verbalmente, hacerle insinuaciones sexuales e intimidarla. A pesar de esto, también le ha dicho que él no es su enemigo. Como sucede con las serpientes en el cultivo de palma africana, Mil prefiere no mostrar miedo. Ignora la amenaza y sigue su camino, intentando esquivar su presencia cuando ve el peligro de lejos.

[...] al tipo lo miro y me asusto. Me acuerdo ese ratico de lo que él me hacía y me pongo nerviosa, yo no lo miro a la cara, bajo mi cara y sigo. Él me dice: «Yo no soy su enemigo, soy su amigo». Así me dice y yo no digo nada, sino que sigo. Empieza a decirme que estoy buena, que estoy buena y que le deje la puerta abierta. «¡Ve este tan descarrado, que le deje la puerta abierta! ¡Ve respete!». Entonces, cuando él me saluda yo no lo saludo, yo sigo mi camino. Cuando veo que él viene por una esquina, yo cruzo la calle.

Como víctima de violencia sexual en el marco del conflicto armado colombiano, Mil ha sido beneficiaria de varios cursos, talleres y diplomados ofrecidos por entidades como la Comisión de la Verdad, la Personería, la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas y otras instituciones de Tumaco. Ha participado en capacitaciones sobre yoga, preparación de alimentos, cría de animales, matemáticas básicas, piano, batería y derechos humanos, lo que ha contribuido a su proceso de reparación psicosocial. Sin embargo, aún persisten necesidades relacionadas con avanzar en su educación formal, generar emprendimientos que le brinden autonomía económica para dejar atrás trabajos precarizados y promover iniciativas productivas comunitarias que apoyen a otras mujeres de su territorio.

En los últimos cuatro años, Mil ha encontrado, junto a algunas organizaciones sociales de mujeres, una oportunidad para compartir su experiencia de vida y participar en la tradición de lucha de las mujeres afrodescendientes. Ahora, como lideresa, se dedica a promover el reconocimiento y la visibilización de las violencias de género entre otras mujeres de su comunidad. Este ejercicio le ha permitido verbalizar sus historias y adquirir la fortaleza necesaria para enfrentar su dolor, reconocer sus derechos y valorar el poder de la unión entre aquellas que han sufrido la violencia en primera persona.

Mil sueña con tener su propio negocio y regresar al grupo de música tradicional al que perteneció, ya que la llena de felicidad crear música con la marimba y otros instrumentos que ha aprendido a tocar. Además, le encantaría participar en el Festival de Música del Pacífico Petronio Álvarez, vestida con su traje y turbante, acompañada de su nieto, la persona que le da fuerzas para seguir adelante.

La presencia de grupos armados, tanto legales como ilegales, en los territorios a menudo obliga a quienes disienten de las normas de género y sexualidad a ocultar sus formas de ser, sus emociones, sus relaciones y a sus parejas, como una estrategia para evitar hechos victimizantes. Quizás por eso, cuando Mil habla del amor, su primera reacción es decir que no tiene a nadie, que está sola.

Pero acá en Tumaco ese tema del amor entre mujeres no funciona porque eso es... Acá a las personas así las quieren matar. Entonces yo por acá... nooooo, me la matan, me la violan, acá no. Acá la gente es muy mala. Acá hay muchas mujeres que son así, lesbianas, y les hacen daño; lo hacen de maldad. Porque los hombres creen que ellos no más pueden. Aquí no hay encuentros gays, así no. Aquí todo es, el que se gustó, ahí, calladito.

Es solo cuando Mil se siente en confianza y segura que revela tener una amiga, aunque vive lejos de ella. En las circunstancias e historia de Mil, ocultar a su amiga se ha

convertido en una práctica vital de resistencia, necesaria para poder amar y ser feliz, mientras sobrevive a las violencias que ha sufrido por no cumplir con la norma heterosexual que los grupos armados imponen.

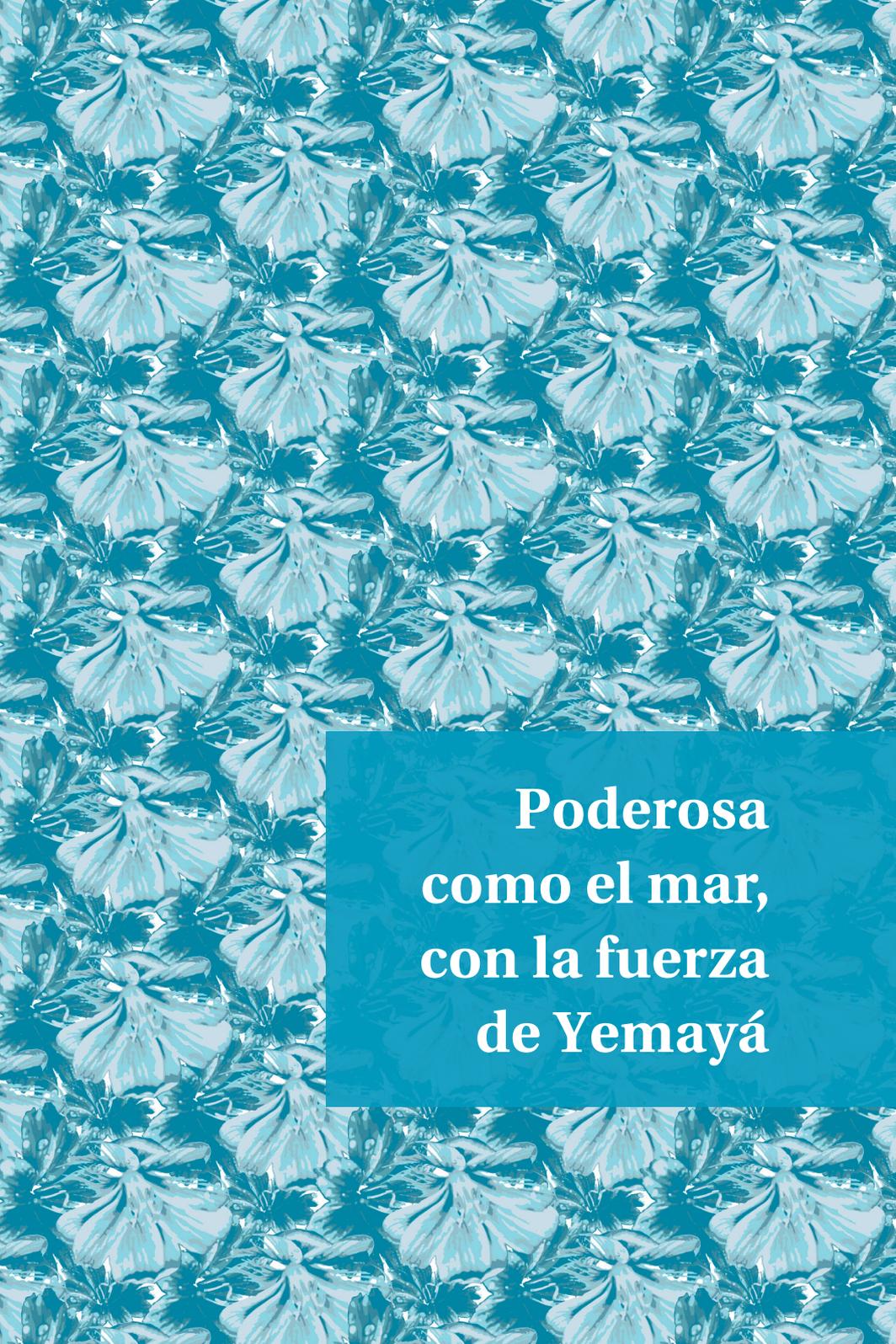
Al reflexionar sobre su pasado, Mil se da cuenta de que le tomó cerca de cuatro años intentar superar los hechos de violencia que padeció junto a sus compañeras sentimentales a manos de sus agresores, lo que la llevó a pensar que era mejor estar sola. Sin embargo, un día, en el marco de un encuentro con otras mujeres víctimas en Cartagena, una participante llamó su atención. Su rostro se ilumina al recordar el momento y entre risas comenta que en la ciudad amurallada le ocurrió algo que no sabe cómo explicar, pero que le volvió a activar el corazón y ahora se siente enamorada. Mil reflexiona: «No hay tiempo para quejarnos tanto. Hay que ser fuertes y seguir adelante».

Aunque es consciente de un sinnúmero de afectaciones a las que ha sido expuesta desde niña, y que aún siguen latentes, recurre frecuentemente a frases y actitudes que reflejan sus ganas de pasar la página y acompañar a otras que, como ella, están intentando sobreponerse al poder de las armas en el país.

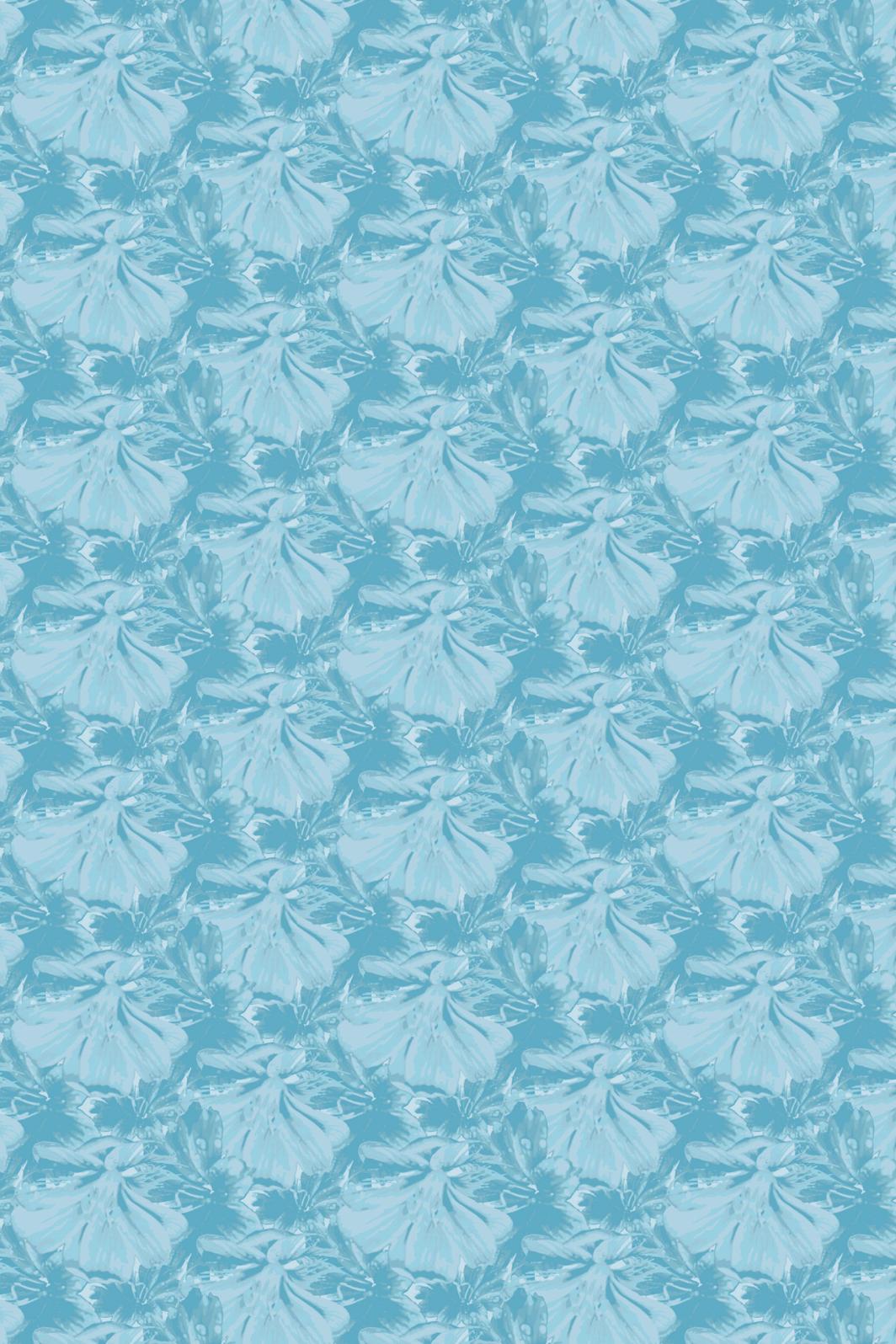
[.] no quedarse callada, la historia toca contar[la], porque, así como yo la conté, quiero que también otra mujer, que tenga una historia oculta como la mía, que no le dé

vergüenza, que no le dé pena, que no se sienta culpable de lo que le está pasando, que sintamos que no estamos solas, ¿sí? Que estamos acompañadas, que tenemos una amiga oculta que le quiere enseñar su historia. Que no sienta que es a ella solamente a la que le pasó, que no tiene por qué sentir vergüenza, que no tiene de qué apenarse, ni de qué sentir culpa, ni nada.

El relato de vida de Mil expone de manera detallada cómo las diferentes manifestaciones de violencia —el racismo, el machismo, la homofobia y la violencia armada— se entrelazan en su experiencia vital como mujer negra, empobrecida y lesbiana en el contexto del conflicto armado colombiano. Su historia demuestra la forma en que estas dimensiones de su identidad la ubican en una posición de vulnerabilidad múltiple, donde su cuerpo y su vida han sido constantemente sometidos a distintas formas de opresión y control.



**Poderosa
como el mar,
con la fuerza
de Yemayá**



Yemayá, la diosa del mar, es la máxima creadora para los orishas. «Es la morenita del vestido azul y yo me identifico con ella, porque es muy madre, y así me siento yo»³. Así la describe Flor de Margarita, mientras sus ojos se iluminan de fe. Hablar de Yemayá le trae fuerza, esperanza y la conecta con una historia marcada por el dolor, pero también por la esperanza.

Flor es una mujer que se autorreconoce como negra, nacida en Juradó (Chocó). Desde que tiene memoria, ha estado dedicada a su familia y al liderazgo social. «Yo nací para eso, para empoderar a otras mujeres. Siempre me he sentido una lideresa», dice con firmeza. A sus sesenta años, Flor vive con dos de sus siete hijos, su nieto y su bisnieta. Pasa sus días sembrando la tierra y trabajando incansablemente por las víctimas de desaparición forzada, una de las tantas causas que ha abrazado en su camino como lideresa.

De su infancia guarda muy buenos recuerdos, a pesar de haber sido entregada en adopción por su madre biológica cuando tenía apenas cinco años. Flor encontró un

3 El testimonio de Flor de Margarita se encuentra en CNMH. Es una entrevista a una mujer afrocolombiana, lideresa social de 59 años, Buenaventura (2019).

nuevo hogar en una familia amorosa, compuesta por un hombre de nacionalidad peruana y una mujer de Tumaco (Nariño), quienes la acogieron con gran afecto y la criaron como a una hija propia. A pesar de que su madre adoptiva falleció cuando Flor aún era muy pequeña, siempre contó con el amor y apoyo incondicional de su padre, el hombre que la crio. En sus propias palabras:

Él me enseñó y me inculcó los valores. Me enseñó a amarme como negra, a querer mi nariz chata y mi boca. Me enseñó a valorar lo que significa la raza, el ser humano, y me decía que no importaba el color, sino que importaba la esencia de la humanidad. Me enseñó que a los tropiezos tenía que levantarme. Me enseñó que tenía un momento para llorar, pero de ahí no volver a llorar más. Me regaló todo lo que una persona puede tener en su vida.

En aquel hogar, Flor sentía que no le faltaba nada; tenía todo lo que podía desear. Aunque en algunas ocasiones experimentaba rechazo por parte de ciertas personas y a veces se sentía limitada, su infancia transcurrió de manera tranquila y llena de cariño. Hasta que un día, a la edad de doce años, fue víctima de violencia sexual. El ataque ocurrió mientras se dirigía hacia su colegio y no pudo defenderse de aquel hombre que la violentó sin piedad.

Después de aquel trágico suceso, su padre decidió enviarla a un internado para que no tuviera que caminar sola

hacia el colegio y estuviera protegida de posibles peligros en las calles. En ese lugar estaría segura, lejos de nuevas amenazas. Sin embargo, todo cambió para Flor de Margarita en ese momento. Según cuenta: «La gente no entendía que yo no quería estar prisionera; me sentía como un pájaro enjaulado. Yo nací libre y no quería estar allí».

Flor no soportaba el encierro, lo que hacía que sus días en el internado fueran muy difíciles. Sus travesuras a menudo enfurecían a las monjas encargadas de su cuidado, mientras ella solo añoraba su libertad. Permaneció en ese lugar durante tres años y, aunque detestaba sentirse prisionera, allí recibió educación y el cuidado de personas dedicadas. Sin embargo, a los quince años, un evento inesperado cambió su vida: su padre adoptivo falleció y ya no contaban con los recursos para costear el internado, lo que finalmente la liberó de ese entorno. Flor tenía sueños recurrentes en los que veía un lugar rodeado por el mar. Aunque no lograba recordarlo con claridad, en esos sueños todo le parecía extrañamente familiar, como si ya hubiera estado allí antes. «Yo siempre decía que ya había estado aquí, porque siempre me lo soñaba, siempre estaba en mis recuerdos. Yo decía, a usted ya lo conocía, porque en la mente me imaginaba y veía esos lugares. En mi imaginación yo veía barcos y no sabía que venía de alguien que hacía barcos».

Sin el apoyo de su padre, Flor se vio obligada a emprender sola su camino. Comenzó a trabajar, pero ganaba muy poco para mantenerse, lo que la llevó a preguntarse sobre su origen y a buscar si tenía alguna familia o un lugar a dónde ir. Tras indagar, logró reencontrarse con su madre biológica en Juradó, la misma mujer que la había entregado en adopción a aquella pareja de extraños que la crio con tanto amor. Al conocer a su familia de sangre, Flor sintió por primera vez que pertenecía a algún lugar, entonces, todos sus sueños y vagos recuerdos comenzaron a tener sentido. La relación con su madre no fue fácil, pero Flor se sintió afortunada en comparación con sus hermanos. Gracias a su familia adoptiva, había podido estudiar hasta octavo grado, lo que le hizo ver que, a pesar de todo, su historia tenía un lado positivo. Empezó a reconocer que había tenido oportunidades que, de haberse quedado, probablemente no habría tenido.

Flor de Margarita relata que conocer a su madre biológica generó profundos cambios en su personalidad. Se volvió más fuerte, comenzó a hablar con mayor firmeza y asumió la responsabilidad de sostener a su familia, convirtiéndose en el pilar de su hogar. Uno de los aspectos que más disfrutó de regresar a su familia de origen fue reconectar con su cultura. Ella se describe a sí misma como una «negra cimarrona» y comprendió que esa conexión

especial que siempre había sentido con el mar y su fascinación por los barcos, finalmente tenía sentido. Aquella niña, que sin saber por qué amaba el océano, estaba de vuelta en el lugar al que pertenecía.

A los dieciséis años, Flor de Margarita vivía con su madre y hermanos en un barrio de Buenaventura (Valle del Cauca), hasta que la violencia los obligó a regresar al Chocó. Las balaceras en los barrios eran cada vez más frecuentes y una serie de asesinatos selectivos se convirtieron en el pan de cada día. El regreso al Chocó también significó para ella una reconexión profunda con su cultura. Aprendió a sembrar y a pescar, a respetar la tierra y el agua, y fue instruida en el valor de las hierbas medicinales, así como en el arte de la partería. Descubrió que, además de tener raíces africanas por parte de su madre, también tenía ascendencia indígena por parte de su padre. Con el tiempo, todos estos saberes ancestrales pasaron a formar parte de su identidad. En Chocó, Flor de Margarita aprendió sobre sus ancestros africanos y los orishas, pero también abrazó la cosmovisión indígena. Se volvió una fiel devota de Yemayá, con quien se identifica espiritualmente hasta el día de hoy.

A los veinte años, Flor regresó a Buenaventura en busca de trabajo, con el deseo de alejarse de las presiones que comenzaban a recaer sobre ella, pues la gente le recordaba

constantemente que debía encontrar un esposo y formar una familia. Finalmente, conoció a un hombre blanco mestizo, un poco mayor que ella, que trabajaba en el puerto. Se casaron y tuvieron cuatro hijas; en los años siguientes tendrían tres hijos más. Flor recuerda que él fue un buen compañero y permanecieron juntos durante dieciocho años. Su esposo navegaba por largos periodos y, en busca de mejores oportunidades, Flor decidió regresar a Chocó y trabajar como cocinera. Mientras sus hijos crecían, su vida transcurría con normalidad. Por aquel entonces, junto con su familia, pudo participar del proceso de formulación de la Ley 70 de 1993; sin embargo, a dos años de su llegada las cosas comenzaron a complicarse a causa de la violencia.

Distintos grupos armados, tanto legales como ilegales, se enfrentaban por el control del territorio, lo cual convirtió a Juradó en un escenario de constantes combates, hecho que obligó a Flor a desplazarse por primera vez. Con tristeza, recuerda cómo esos desplazamientos desmoronaron todo el proceso colectivo que habían logrado con la Ley 70. La comunidad se vio forzada a desintegrarse y cada quien huyó hacia donde pudo. Fue un momento muy duro para ella, marcado por el dolor de vivir en carne propia la crudeza de la guerra. Flor recuerda cómo muchas personas de su comunidad empezaron a desaparecer. Al principio, esas desapariciones se atribuían a la naturaleza.

En su cultura, los mitos cuentan que las personas que no respetan el equilibrio natural son absorbidas por la madre del agua, las ballenas o las sirenas. Sin embargo, con el tiempo, se dieron cuenta de que las verdaderas causas de esas desapariciones eran mucho más oscuras y tenían otros responsables.

En 1998, tras la toma guerrillera del 23 de noviembre, Flor de Margarita se desplazó desde Juradó hacia Buenaventura, instalándose en el barrio de su madre, una comunidad levantada a pulso por personas desplazadas debido a los proyectos portuarios de la ciudad. Pero no permaneció allí mucho tiempo, pues, como ella misma relata, «en el barrio las cosas estaban calientes». La situación era cada vez más tensa, con el aumento de la delincuencia provocado por la llegada de personas de otras regiones y la constante amenaza de incursiones de grupos armados. Ante este panorama, Flor decidió trasladarse a la vereda La Victoria, también en Buenaventura.

El liderazgo era algo innato en Flor de Margarita, y al llegar a La Victoria, después huir de los conflictos en su anterior barrio, encontró la oportunidad de ejercerlo plenamente. Muy pronto asumió el rol de vicepresidenta de la Junta de Acción Comunal. En ese momento, su vida personal era difícil, ya que descubrió la infidelidad de su esposo, un hecho que no pudo perdonar y que aún le causa tristeza. Sin embargo, ese

dolor no frenó su compromiso con la comunidad. Flor siente que esa adversidad también le dio la fuerza necesaria para seguir adelante, sobre todo teniendo la responsabilidad de cuidar y sostener a sus cuatro hijas.

La Victoria es una vereda de Buenaventura, mayormente habitada por una comunidad afrodescendiente que ha sido víctima de la violencia. Hoy en día, este territorio es reconocido oficialmente por la Alcaldía Municipal como un Consejo Comunitario. Su ubicación, cercana al casco urbano, al aeropuerto de la ciudad y a una reserva natural, ha hecho de La Victoria un área estratégica en disputa entre diversos actores armados. Al llegar, Flor de Margarita se dedicó por completo al trabajo comunitario, especialmente al empoderamiento de las mujeres. Recuerda con satisfacción cómo las alentó a participar activamente y las involucró en actividades que trascendían las tareas domésticas. Les recordaba que no tenían un rol predefinido en la vida, que eran libres de ser quienes quisieran ser y que no debían estar siempre sometidas a las reglas impuestas por un hombre. Juntas organizaron eventos deportivos, concursos infantiles, bingos y bazares. Trabajaron por la soberanía alimentaria, construyendo cuatro granjas comunitarias, y crearon escuelas de liderazgo para empoderar a jóvenes del territorio, con el objetivo de evitar que fueran atrapados por la guerra o las drogas.

El esfuerzo colectivo comenzaba a dar frutos y Flor se sentía orgullosa de lo que había ayudado a construir. Sin embargo, con el tiempo, empezó a notar que algo no marchaba bien en La Victoria. A pesar de que su corazón se había llenado de alegría con un nuevo esposo con el que tuvo tres hijos, y aunque seguía enfocada en su labor comunitaria, un malestar interno la inquietaba, haciéndole sentir que algo en su entorno no estaba del todo bien.

En la comunidad circulaban rumores de que grupos guerrilleros estaban presentes y controlaban la zona, pero Flor de Margarita no les prestó mucha atención y continuó con su vida de manera habitual. Un día recibió en su puerta un balde lleno de alimentos y al intentar averiguar su procedencia, comprendió que no estaban solos. En la parte más profunda de La Victoria, un grupo armado se había asentado, buscando tomar el control. Confundida por la situación, Flor decidió que huir nuevamente solo podría ser su último recurso. Tenía una gran fe en el proceso comunitario que había ayudado a gestar y no quería que, bajo ninguna circunstancia, todo el trabajo colectivo se perdiera. Con esa determinación, se le ocurrió una idea: hacer visible a La Victoria, que dejara de ser ese lugar aislado del que solo sabían sus habitantes. Su objetivo era que personas externas a la comunidad supieran que allí también vivían personas de carne y hueso.

Así nació el gran bingo bailable de La Victoria, una actividad liderada por Flor de Margarita, que se promocionó, incluso, en la radio de Buenaventura, atrayendo a muchas personas que nunca antes habían oído hablar de ese lugar. Sin embargo, a raíz de la visibilidad que Flor y la Junta de Acción Comunal promovieron, se acercaron a ella algunos miembros de la guerrilla de las FARC-EP, quienes también residían en la zona. Le dijeron que querían conocer más sobre los detalles de la actividad y el propósito de su realización. Flor respondió con firmeza que su único objetivo era mostrar lo bonito de La Victoria, quitarle el estigma de ser un lugar peligroso y fortalecer la unión de la comunidad.

Flor recuerda con mucho entusiasmo aquellos tiempos. El primer bingo bailable fue todo un éxito. Las boletas se agotaron. Después de ese día, el evento se siguió repitiendo, ya que las personas siempre querían regresar. Aunque no recuerda el número exacto, calcula que se hicieron al menos diez bingos bailables más. Lo más gratificante fue que todas las ganancias se invirtieron en mejorar la comunidad. Gracias a esos fondos, pudieron comprar tuberías para llevar agua potable a todas las casas y arreglaron los caminos que antes eran trochas. Todo fue en beneficio común, fruto del trabajo y el esfuerzo colectivos.

Un día la tranquilidad habitual de La Victoria desapareció. De manera inusual, las puertas de las casas estaban cerradas y grupos de hombres vestidos de negro transitaban por la vereda. Flor de Margarita, intrigada por la situación, se acercó a preguntar quiénes eran, pero solo obtuvo una respuesta tajante: «No es de su incumbencia». Pronto se enteró de que estos hombres habían convocado a la comunidad a una reunión, pero ella no había sido invitada. Decidida a entender lo que estaba ocurriendo, asistió a la reunión a pesar de no ser bienvenida.

En esa reunión, los hombres se identificaron como miembros del Bloque Calima de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Informaron a la comunidad que habían llegado para tomar el control del territorio, ya que, según ellos, había delincuentes en la zona y su misión era eliminarlos. Además, les exigieron la colaboración de la comunidad, tanto en apoyo logístico como en el pago de un «impuesto de guerra». Aseguraron que su presencia no sería temporal, afirmando: «Hemos llegado para quedarnos».

De acuerdo con el CNMH (2018b), durante la década de los noventa, Buenaventura fue escenario de la expansión del Frente 30 de las FARC-EP, que buscaba imponer su control sobre la salida de narcóticos, extorsionar a empresarios locales y fortalecer sus fuentes de financiación

a través de estrategias agresivas. Este periodo estuvo marcado por una violencia guerrillera sin precedentes en la región, que afectó tanto a las áreas rurales como urbanas. Al mismo tiempo, el Bloque Calima de las AUC se expandía por Buenaventura y los municipios cercanos, disputando el control territorial con las FARC-EP, especialmente por el acceso a los ingresos provenientes del narcotráfico.

Flor de Margarita no sentía miedo. Recuerda cómo en ese momento tuvo el valor de enfrentarse a los armados y exigirles que abandonaran el territorio, dejando claro que La Victoria no le pertenecía a nadie más que a su comunidad, la misma que ella había ayudado a fortalecer. Con nostalgia, relata lo que les dijo a los hombres armados: «Cuando yo llegué aquí, encontré dieciséis casitas, pero hoy en día ya hay cincuenta. Nosotros ya venimos desplazados por la violencia, pero aquí estamos organizados y trabajamos por el bienestar de todos». Hace una pausa para continuar hablando, pero algunas palabras se le atragantan, formando un nudo en su garganta. Después de ese día, la tranquilidad de La Victoria desapareció por completo. Los actores armados comenzaron a cometer masacres y a cobrar extorsiones en todas partes. Habían tomado el control total del territorio. Atraieron a los jóvenes hacia sus filas ofreciéndoles dinero y bienes

materiales, mientras que a las niñas y adolescentes las captaban mediante estrategias de seducción.

Pero quizá lo peor de todo llegaría cuando se comenzó a escuchar el rumor de que pronto comenzarían a agredir sexualmente a las niñas y mujeres. Situación ante la cual convocó a sus vecinos y vecinas, y entre todos comenzaron a sacar a las niñas de aquel lugar. Flor de Margarita sacó de La Victoria a sus hijas menores, sin embargo, a su lado permanecieron una de sus niñas y su niño. Desde aquel momento su vida transcurrió en medio del miedo; aun así, jamás imaginó que sus pequeños tendrían que vivir, junto con ella, uno de los capítulos más horribles de su existencia. Tal y como lo cuenta Flor de Margarita, vendrían a cobrarle todo el trabajo realizado en favor de su comunidad.

La noche previa al suceso, Flor no podía dormir. Tuvo una pesadilla en la que unos hombres llegaban a su puerta preguntando por un terreno y ella los remitía a la casa del presidente de la Junta de Acción Comunal, ya que ese asunto no era de su competencia. Al día siguiente, esa escena comenzó a repetirse de manera inquietantemente similar a como lo había soñado. Según sus palabras, «Dios se lo había anunciado», aunque algunos detalles de aquella pesadilla aún no se habían revelado por completo.

El 24 de marzo de 2004, los hombres llegaron, como ocurría en el sueño, preguntando por el terreno. Mientras Flor trataba de desviar la conversación y enviarlos a otro lugar, sin saberlo, su casa ya estaba rodeada. Su hija la llamaba insistentemente, pero Flor no comprendía lo que estaba ocurriendo hasta que aquellos hombres empezaron a hablar. Fueron siete los hombres que irrumpieron en su hogar, algunos entraron por la parte trasera mientras otros la mantenían distraída en la puerta. Los agresores no dejaban de repetir que lo que iban a hacerle, ella misma se lo había ganado, ya que estaban hartos de que organizara y defendiera a la comunidad, de que les abriera los ojos a las personas y las alentara a resistir. Flor de Margarita fue violada por cuatro de los hombres que irrumpieron en su vivienda, los hechos ocurrieron frente a su hija de diez años, a quien otro de los hombres sostenía con fuerza. En medio de aquella escena de horror, recuerda cómo estos hombres no paraban de decirle que se lo había buscado y que su comunidad no valoraba ninguno de sus esfuerzos.

Ahogada en llanto y tristeza, Flor de Margarita hace una pausa en su relato. La violencia sexual de la que fue víctima, como consecuencia de su liderazgo, sigue siendo una herida profunda. El terror que sintió al pensar que esos hombres podrían hacerle lo mismo a su hija, o

incluso asesinar a su hijo, quien se había escondido al verlos llegar, la invadió por completo. El dolor de creer que todo había sido su culpa y la desesperanza de pensar que, después de haber trabajado tanto por su comunidad, a nadie le importaría lo que le había ocurrido, la acompañan hasta hoy. La vergüenza, las cicatrices físicas en su cuerpo y las profundas heridas en su alma son recuerdos imborrables, marcas que no se quitarán jamás.

Como consecuencia de la violación, Flor quedó embarazada. En medio de un profundo dolor, decidió interrumpir el embarazo utilizando los conocimientos ancestrales que había aprendido a lo largo de su vida. Ella manifiesta que a veces se cuestiona si las dificultades que ha enfrentado desde entonces son consecuencia de esa decisión, pensando que, según su cosmovisión, podría estar maldita. Sin embargo, se reafirma con convicción que fue la elección correcta. Es dueña de su cuerpo y no tenía que cargar con un embarazo impuesto por un acto de violencia tan brutal. Para Flor, esa decisión fue una forma de recuperar su dignidad y su derecho a decidir sobre sí misma.

Ahora, cuando ella recuerda con nostalgia el momento de la pesadilla y todo lo que sucedió después, puede identificar muchos de sus padecimientos actuales como consecuencia de la violencia sexual que sufrió y del silencio

que mantuvo por tanto tiempo. Pasaron muchos años antes de que encontrara el valor y la fuerza para contar su propia historia. Fue el testimonio de su sobrina, quien también fue víctima de la misma violencia, lo que finalmente le dio el impulso necesario para liberarse de ese peso. Fue entonces cuando decidió compartir su testimonio, no solo para ayudar a otras mujeres víctimas, sino también para iniciar su propio proceso de sanación.

Uno de los mayores dolores de Flor de Margarita fue tener que separarse de sus hijos e hijas para salvarles la vida. Tuvo que enviarlos a distintos lugares como Armenia, Pereira y Bogotá. Aunque fue una decisión difícil para todos y todas, ella sabía que era la mejor opción, ya que el contexto de guerra en La Victoria era peligroso, y más para los hijos e hijas de una lideresa tan visible como ella. Hoy, Flor lamenta el tiempo que no pudieron compartir juntos, pero también agradece a Dios y a Yemayá haber podido sacarlos a tiempo y brindarles una oportunidad para un futuro mejor.

A pesar de que la violencia se intensificaba cada día más en La Victoria, con masacres, desapariciones forzadas, violaciones y constantes amenazas, Flor de Margarita se mantuvo firme. No abandonó su comunidad ni su liderazgo. Al contrario, fortalecida por una organización de mujeres que crecía día a día, continuó trabajando

incansablemente por el bienestar de su gente. Organizó a un grupo de cantaoras y promovió actividades deportivas, resistiendo a la guerra y a las intimidaciones. Junto a otros líderes y lideresas enfrentaron las violencias, sin dejar que el miedo los doblegara. Flor recuerda que, durante esa época de tanta tensión, asesinaron a uno de sus compañeros durante uno de los juegos organizados en La Victoria. El riesgo era evidente, pero ni siquiera eso la detuvo. Siguió hablando abiertamente sobre temas que pocos se atrevían a mencionar, desafiando el silencio y el temor que la guerra intentaba imponer.

Como una verdadera heroína que nunca se rinde, Flor de Margarita, a pesar de las innumerables dificultades y peligros, siempre buscaba una solución. En otra ocasión, junto a otros treinta y cinco líderes y lideresas de La Victoria, decidieron hacer algo que despertara conciencias, promoviera la reflexión y el perdón, y los ayudara en el camino hacia la reconciliación. Para lograr este ambicioso objetivo organizaron una lunada, un evento al que invitaron tanto a víctimas como a victimarios, con la intención de que se enfrentaran, no con armas, sino con la palabra, a través de dichos, cantos, versos y relatos.

La lunada fue un acto político desde su concepción. Con la llegada de los actores armados, La Victoria había sido sometida a su control en todos los aspectos. La noche

se había convertido en un tiempo prohibido, ya que, por orden de los grupos armados, el toque de queda se imponía a partir de las seis de la tarde. Romper ese mandato fue un reto inmenso. El evento contó con el respaldo de una fundación religiosa que proporcionó los recursos para ofrecer chocolate y pan a quienes se atrevieron a asistir.

Para animar la reunión, no faltaron los cantos y alabos, acompañados de chistes y cuentos. Todo transcurría en un ambiente de calma cuando, según relata Flor de Margarita, los actores armados comenzaron a llegar al lugar. Se les pedía que se ubicaran en el espacio, y a medida que iban llegando más, las personas de la comunidad se intercalaban entre ellos, sabiendo que no todos pertenecían al mismo bando. Flor recuerda el miedo que sintió en ese momento, pensando en las terribles consecuencias que podrían desencadenarse si estos enemigos decidían enfrentarse. Tanto ella como sus compañeros eran conscientes de que habían expuesto a la comunidad en medio de una situación muy delicada.

A pesar de todo, la calma continuó reinando. Las personas cantaban, bailaban y jugaban, como si una extraña magia hubiera envuelto el lugar. Por un instante, parecía que todos habían olvidado quiénes eran, o quizás, más bien, lo habían recordado. Por un momento, volvieron a ser solo humanos, dejando atrás sus diferencias y

problemas. De uno en uno, empezaron a compartir recuerdos, expresar sus sentimientos, hablar, reflexionar o improvisar versos, incluso, algunos se abrazaban. A medida que la noche avanzaba, alrededor de las tres de la mañana, algunos tomaron la palabra. Comenzaron pidiendo perdón a la comunidad de La Victoria, reconociendo el daño que le habían causado. También pidieron perdón a la madre Tierra, especialmente por toda la sangre que habían derramado sobre ella.

Fue un momento indescriptible, así lo recuerda Flor de Margarita. Tras escuchar las palabras de arrepentimiento, todos y todas rompieron en llanto y se abrazaron. Aquella noche, en ese ambiente tan inusual, los victimarios parecieron comprender la futilidad de la guerra y reconocieron la humanidad de quienes los rodeaban. Ojalá esa paz y reconciliación hubieran perdurado más allá de esa noche. Ojalá ese breve respiro hubiera germinado en algo más duradero. Pero, lamentablemente, la violencia en La Victoria no dio tregua, y aquellos sueños de paz se desvanecieron bajo el peso de la guerra.

Pese al dolor, Flor de Margarita encuentra grandes satisfacciones tras la experiencia vivida en aquella lunada inolvidable del 24 de marzo. Se enorgullece de haber protegido a muchas niñas y jóvenes de La Victoria de sufrir abusos sexuales, de haber contribuido a la formación de

cerca de treinta y seis liderazgos en la comunidad, y de haber sembrado en otras mujeres la semilla del amor propio y el respeto hacia sí mismas. Con voz firme, Flor relata que, a pesar de todo lo que ha vivido, se siente profundamente orgullosa de su liderazgo. Se autodenomina una mujer empoderada y libre, útil tanto para su comunidad como para la sociedad en general. Reconoce que, aunque para las mujeres es difícil enfrentar al patriarcado, no pueden quedarse calladas; deben seguir alzando la voz, ser solidarias y amarse mutuamente, porque el amor propio es, sin duda, el más genuino.

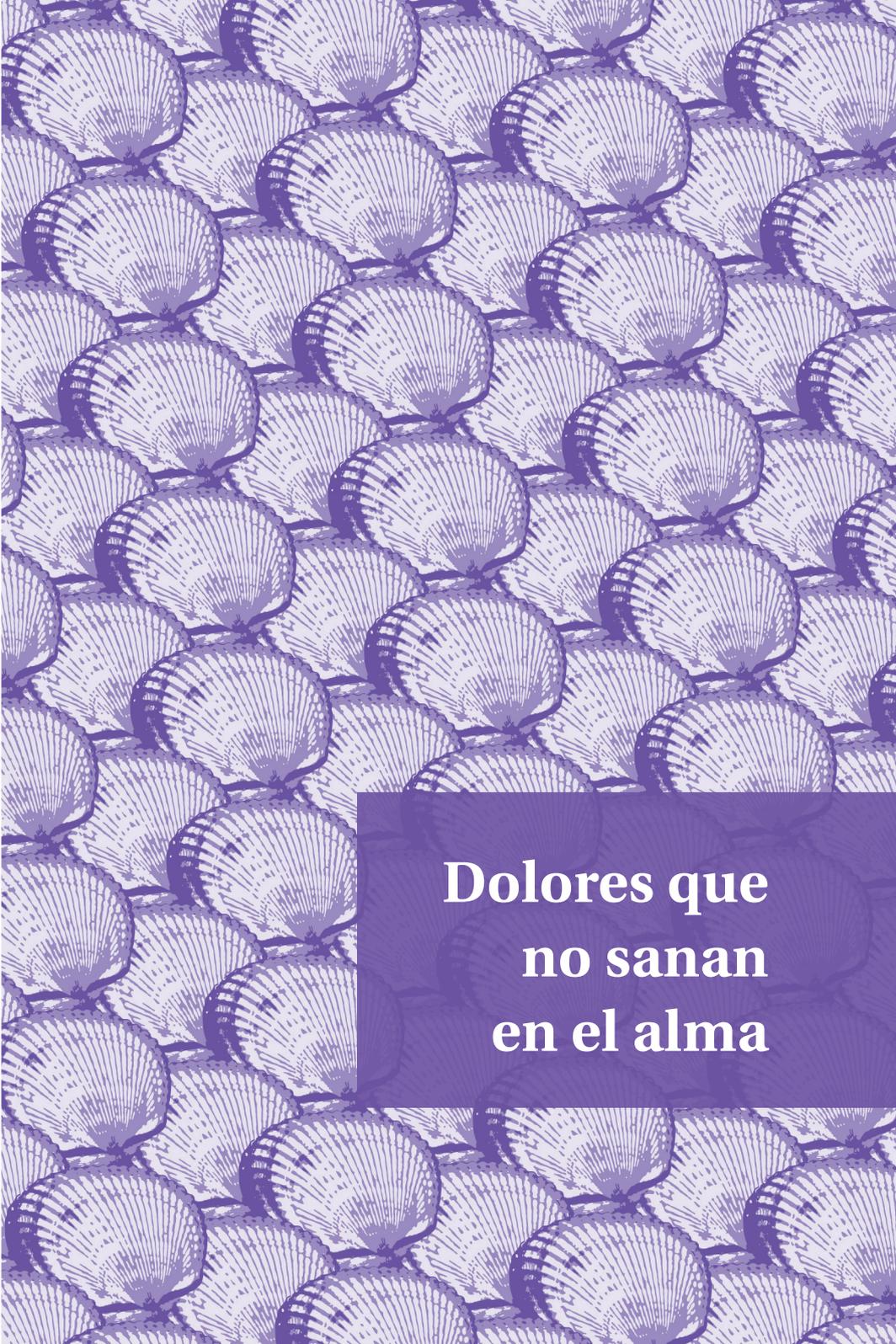
Flor de Margarita es una lideresa en todo el sentido de la palabra. Esa fortaleza fue crucial para que, en 2006, junto a otras mujeres, igualmente decididas y valientes, creara una organización social dedicada a la búsqueda y acompañamiento de familiares de víctimas de desaparición forzada. A través de su organización, ella comenzó a hablar y a generar conciencia sobre la desaparición forzada, abriendo un espacio para abordar también la violencia sexual. Sin embargo, en ese momento, aún no se atrevía a compartir su propia historia. A pesar de que habían pasado varios años, nadie sabía de la violación que sufrió.

Es admirable cómo, después de haber vivido tanta violencia, Flor de Margarita aún sonríe cuando le preguntan si cree que ser una lideresa tiene un impacto. Su sonrisa

refleja satisfacción y orgullo, porque se siente plena con lo que ha logrado como mujer, como mujer negra, como madre y como lideresa. Para ella, el mayor triunfo es ver cómo muchas mujeres, que antes sufrían violencia por parte de sus parejas o de otros actores, han logrado empoderarse. Dice con alegría que algunas de ellas incluso la han superado, ya que han encontrado la fuerza para hacerse responsables de sus vidas y seguir adelante. Para Flor, esto es lo que realmente hace que todo valga la pena. Con gran emoción, comparte que, con el tiempo, ha profundizado en el conocimiento de las plantas, lo que le ha permitido reconectar con sus raíces y recuperar su ancestralidad. Este saber la ha ayudado a sanar tanto las heridas de su cuerpo como las de su alma.

Otro de sus grandes logros ha sido acompañar a uno de sus hijos, quien se ha vinculado a movimientos sociales que luchan por los derechos de los pueblos negros, afrocolombianos, raizales y palenqueros, así como por los derechos de las mujeres. Este vínculo con su hijo ha reforzado en Flor la importancia de fortalecer las habilidades y potencialidades de niñas, niños, adolescentes y jóvenes, para que se conviertan en líderes capaces de narrar su territorio y contribuir a la reivindicación de la lucha del pueblo negro, afrocolombiano, raizal y palenquero, buscando su reconocimiento y dignificación.

Flor de Margarita cierra su relato con una poderosa invitación a todas las mujeres que conocen su historia, para que se amen a sí mismas, para que confíen firmemente en sus capacidades, para que no permitan que los procesos comunitarios se desvanezcan, y que, a pesar de las dificultades, sigan trabajando incansablemente por construir un país mejor.



**Dolores que
no sanan
en el alma**



Amparo lleva tantas cicatrices en el cuerpo como en el alma, aunque las del alma son mucho más profundas y aún no han sanado. Tiene treinta y ocho años y nació en Cumbitara, un pequeño municipio de Nariño, ubicado a 164 kilómetros de Pasto, la capital del departamento. Su voz es suave, tranquila y conserva la variante dialectal del Pacífico colombiano. Aunque su cuerpo es joven, Amparo refleja el cansancio de quien ha tenido que caminar, correr y sobrevivir en medio del conflicto. Ha huido de los grupos paramilitares que un día la obligaron, bajo amenazas, a dejar el pueblo donde nació. Primero se fue una parte de su familia, incluyendo a su madre, padrastro y hermanos. Luego le tocó a ella escapar junto a sus cinco hijos, cuatro niñas y un niño:

Desde allá salí por la violencia, amenazada por el conflicto armado, y fui de casa en casa. Salí de Cumbitara el 26 de diciembre de 2007, ese mismo año me hicieron desplazar. Salí de emergencia con una carta, que ahora no sé dónde se me embolató, recomendada de Cumbitara (Nariño), porque a mí quien me recogió fue el padre⁴.

4 El testimonio de Amparo se encuentra en CNMH. Es una entrevista a una mujer lideresa afrocolombiana de 38 años, Tumaco (2020).

Amparo cuenta que en Cumbitara los paramilitares ejercían un control total sobre la población. Relata que sus métodos para sembrar el terror incluían la violencia sexual, el control sobre los cuerpos de las mujeres y violentas incursiones en los hogares, donde destruían todo a su paso, robaban animales y se llevaban las provisiones. Lamentablemente, ella no pudo escapar de esa violencia, y en varias ocasiones fue víctima de agresiones sexuales:

Lo del abuso lo sufrí allá y acá. Vea niña, yo no quisiera acordarme, porque eso que me pasó fue una cosa muy terrible. Ahora que yo fui allá, me hacían acordar de eso. Me decían: «¿Ve, que a ti te cogían así, que te arrancaban la ropa, que te dejaban desnuda, que te pegaban golpes?» Yo, yo no quisiera acordarme de eso, bendito Dios. ¿Sabe qué?, eso era lo que me traía la cabeza mala.

Además, los paramilitares habían amenazado a Amparo con matarla a ella y a sus hijos.

Ella había resistido durante mucho tiempo a la violencia y a las intimidaciones del grupo armado, hasta que un día llegó a su casa una amiga y le dijo que debía huir de inmediato, pues venían por ella. En ese momento, Amparo se encontraba sola, ya que su familia se había desplazado a Tumaco. Sin más opciones, tomó algunas pocas pertenencias y salió con sus cuatro hijas y su hijo. Sin dinero

para pagar el transporte, comenzaron a caminar hacia el municipio de La Esperanza (Nariño). Fueron horas interminables atravesando montañas desconocidas, siempre con el temor de ser alcanzados. En ocasiones, les tocó dormir a la intemperie, y en otras, algunas personas generosas les ofrecieron un lugar donde pasar la noche.

Por favor, denos posadita que no sabemos a dónde vamos a llegar; somos desplazados. «¿Quién los sacó?», preguntaban. Yo respondía que no sabía, porque no podíamos decir nada mientras estuviéramos en la montaña. Ahí nos daban la posadita, la comidita y nos recolectaban cinco mil pesitos. Al otro día, a caminar otra vez. Yo sin conocer la zona, solo seguía los caminitos, porque yo me acuerdo que cuando mi mamá me llevaba a playar [sacar oro], yo miraba los caminitos que usaban cuando iban a comprar arroz; así, unas trochitas. Entonces yo me guiaba por esos recuerdos y por ahí me metía.

Después de muchos días de caminata, con hambre y los pies hinchados, la familia finalmente llegó a La Esperanza. En este lugar, Amparo, sus hijas e hijo fueron acogidos en la iglesia, donde el sacerdote les ofreció hospedaje, comida, ropa y algo de dinero. Una enfermera también les ayudó, entregándoles una carta de recomendación para que, al llegar al municipio de Tumaco, su destino final, pudieran recibir atención como víctimas de desplazamiento

forzado. Durante su estancia en La Esperanza, Amparo logró ponerse en contacto con su madre para organizar el reencuentro en Tumaco.

Lo primero que hizo Amparo al llegar a la ciudad de Tumaco fue dirigirse a la oficina de la Unidad de Atención y Orientación a Víctimas (UAO), tal como le habían indicado. Allí, fueron atendidos de emergencia, recibiendo alimentos y ropa para aliviar la situación desesperada en la que se encontraban. Con el tiempo, Amparo, sus hijas e hijo lograron instalarse en una pequeña casita en un barrio de Tumaco. Sin embargo, su aparente tranquilidad se vio interrumpida cuando, una vez más, se encontró cara a cara con los paramilitares.

De verdad, desde que nos vinimos de nuestra tierra solo ha sido violencia tras violencia, y no sé qué es lo que pasa. Parece que nos están acabando sin saber qué es lo que está pasando allá. Nosotros hemos venido desplazados y aquí llegaron personas que ya nos conocían. Apenas llego, reconozco a algunas personas de las que huimos, y entonces me dijeron: «Vos venís de sapa, vos venís a sapiar». Yo les respondí: «No, yo vengo escondida y no tengo por qué venir a sapiar a nadie». Ahí, vea, con una mano me tenían agarrada y con la otra sostenían la pistola.

Estos miembros de los grupos paramilitares le advirtieron a Amparo que la matarían. En ese momento, ella

tomó rápidamente a sus hijas y a su hijo, escondiéndolos detrás de sí. Justo entonces, llegó una prima suya, a quien Amparo asegura deberle la vida, ya que fue ella quien habló con los hombres, suplicándoles que no les hicieran daño. Les rogó que no les mataran, explicándoles que eran personas inocentes que no le debían nada a nadie, y mucho menos los niños. Sin embargo, los paramilitares respondieron con frialdad, diciendo que no les importaba la vida de unos «sapos». Amparo, con valentía, replicó que ellos no eran «sapos» ni habían llegado para denunciar a nadie, sino que estaban huyendo de la violencia. Después de escuchar esto, uno de los hombres le soltó el brazo y se marchó. Como medida de protección, Amparo le pidió a su prima que los encerrara con candado por fuera, para que pensarán que la casa estaba vacía. Luego, se escondieron debajo de la cama. Al día siguiente, Amparo decidió ir a la alcaldía en busca de ayuda.

Yo me fui calladita, y como allá me conocen un poquito, entonces le dije a una funcionaria: «Ñaña, ¿dónde queda la oficina de demanda privada?». Ella me explicó, y fui allí y les dije que, por favor, no permitieran que me fueran a matar a mí y a mis hijos. Tengo un señor que me hace la vida imposible [el hombre armado que la estaba persiguiendo]. Yo quiero mi vida tranquila, criar a mis hijos, porque mis hijos estaban pequeños. Entonces me

preguntó y yo le conté que fulano de tal me tenía amenazada a mí y mis hijos; que no podía dormir tranquila. Después de la denuncia, fueron disimuladamente a buscarlo, pero se voló, se voló para Ecuador.

Amparo hace un paréntesis en su relato para recordar su pasado, un tiempo doloroso en el que, siendo apenas una niña, vivió años de sufrimiento, debido a los constantes abusos sexuales por parte de su padrastro. Su madre, que tenía conocimiento de lo sucedido, guardó silencio y no tomó ninguna medida para prevenir la violencia contra su hija. La primera agresión sexual por parte de su padrastro sucedió cuando Amparo tenía tan solo diez años. Su madre se iba a trabajar y la dejaba en la casa sola con el padrastro, quien aprovechaba estas ocasiones para atacarla. Comenta Amparo que por más que ella pidiera auxilio, gritara y llorara, nadie hacía nada; solo una vez un vecino la defendió. La madre no solo siguió ignorando el sufrimiento de Amparo, sino que también la agredía físicamente, a menudo, con la complicidad y apoyo de su padrastro.

Él le daba un garrote a mi mami para que ella me diera a mí. Entonces, yo le decía a mi mami que mi padrastro me estaba molestando [abusando] desde hace mucho tiempo, que me hiciera respetar de él porque, si no, me iba de la casa. Ella le creía a él y a mí no. Él llegaba y me pegaba también; me pegaba ella y me pegaba él.

Me estropeaban la cabeza, mejor dicho, eso me volvían nada, hasta que un día me partieron el brazo derecho.

Tras años de abuso por parte de su padrastro y su mamá, y en su búsqueda de afecto, amor y respeto, Amparo se enamoró de un joven. Poco después quedó embarazada, tenía solo quince años cuando tuvo a su primera hija. Sin embargo, su historia de amor no duró mucho. El joven enfermó, hecho que debilitó la relación. Además, el padrastro de Amparo intimidaba al muchacho con constantes amenazas, diciéndole a ella que no aceptaría «mozos» en su casa. Con su hija creciendo bajo el mismo techo que el hombre que la había atormentado, Amparo sentía un miedo constante por dos razones, el temor por su propia seguridad y el pánico de que su pequeña pudiera sufrir el mismo destino que ella había padecido. Cuenta Amparo, con espanto, que cuando tenía dieciséis años, un día se le acercó su mamá y le dijo que le tenía una propuesta.

Mi mami me dice que él se casaría con las dos y que, así, él no la dejaría a ella. Cuando me dijo eso, yo solo pensé, Dios mío, me quedé muda y no pude contestarle nada, nada, nada. Recuerdo que ese día corrí hacia abajo, para el río, y yo le decía que lo mejor era botarme al agua, que me ahogara, que Dios me llevara, que no quería ver esas cosas. Yo decía: «Dios mío, yo quiero irme de esta casa», pero luego pensaba en mi niña. Me regresé a la casa

y cuando llegué me recibieron con una golpiza que me hizo orinar. Yo no daba nada por mi vida.

Meses después de la golpiza, Amparo decidió irse a un pueblo cercano a Cumbitara, donde fue acogida por unos sacerdotes que le ofrecieron refugio. Sin embargo, pronto comenzó a sentirse mal, con intensos dolores en el vientre. Uno de los sacerdotes le preguntó si estaba embarazada, a lo que ella respondió que no estaba segura, aunque creía que no. El sacerdote insistió en que debían revisarla y fue, entonces, cuando descubrieron que estaba embarazada de su segundo hijo, producto de los abusos de su padrastro. Amparo se vio obligada a regresar a Cumbitara. Cuando su madre se enteró del embarazo, el odio y los maltratos hacia ella aumentaron aún más.

Mi hijo se ha criado, no sé, como con una venganza hacia el papá, porque cuando mi hijo creció, yo le conté. No podía ocultarle nada a mi hijo. Le dije: «Mijo, tu papá me hizo esto, esto y esto, y es tu papá, aunque sea el marido de mi mamá; él me hizo esto y me estropeó. Me hacía dormir en el monte, me correteaba como corretear un animal». Mi hijo, al saber todo eso, se llenó de rabia; lo odia.

Con el tiempo, Amparo logró salir de la casa de sus opresores y comenzó a trabajar «echando machete», como ella misma lo describe. Se dedicaba a sacar oro en

el río o en la montaña para llevar comida a casa, en otras ocasiones, trabajaba fumigando donde le pagaban por día. Posteriormente, encontró a un compañero con quien tuvo más hijas, pero un día desapareció y nunca volvió a saber de él. Luego de este largo y doloroso paréntesis en su vida, Amparo regresa a su relato sobre sus días en Tumaco, afirmando que la vida no ha sido nada fácil, ni para ella ni para su familia.

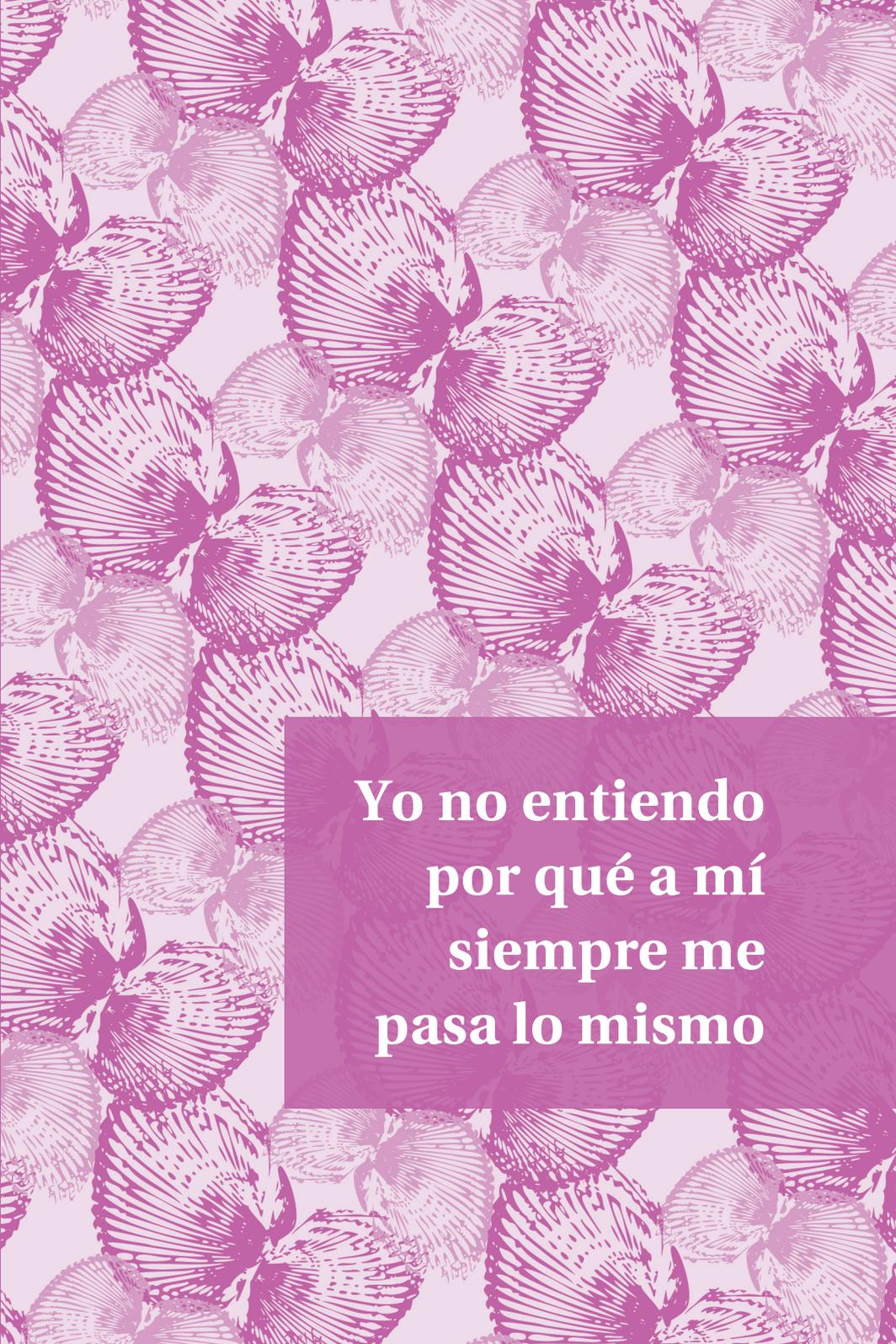
Yo aquí no tengo un trabajo. Íbamos a conchar [extraer piangua cuando baja la marea] allá en ese barrial, pero ahora con esta violencia que hay, ya no se puede ir a conchar. ¡Ay, niña!, yo me iba a las ocho, seis de la mañana y regresaba a las cuatro de la tarde, cuando subía el agua [cuando subía la marea]. Y después había que desconchar las conchas, pelarlas, ir a venderlas, y recién ahí uno podía hacer el almuerzo y el desayuno para comer. El kilo [de piangua] lo vendíamos a dieciocho mil pesos, y estas uñas, vea [muestra sus uñas muy cortas y maltratadas], y esto es de pecesapo [pejesapo], que también me picaba los pies y me tocaba ir al hospital. En esta vida, yo he sufrido mucho. Me picó una raya en este dedo y me lo traspasó de lado a lado [enseña el dedo anular de la mano derecha].

Las mordeduras de las rayas y peces, el dolor del brazo que su madre y su padrastro le fracturaron en su

niñez, las cicatrices de las golpizas de los paramilitares y los abusos sexuales no son los únicos tormentos que arrastra Amparo. Hoy, a causa de todo lo vivido, sufre de migrañas, hipertensión y una parálisis en el lado izquierdo de su cuerpo.

Una doctora me mandó terapias y pastillas para el dolor, pero me dijo: «Tome este papel, llévelo a esa ventanilla para que le suban eso a la plataforma y le autoricen las terapias». Pero la señora me dijo que el sistema no le había querido registrar eso y que no podían autorizarlas, que no sé qué, y ahí esos papeles están archivados... Para el del vientre [el dolor] sí fui a un médico por afuera, porque fui al hospital y me dijeron que de pronto era la operación que me hicieron. Como yo hacía mis cosas —lavar, barrer— y me dijeron que no debía hacer eso, pero me tocaba porque no tenía a nadie, entonces se me arrancó un punto. Además, comía lo que había, porque no tenía otra opción. Por eso, por dentro lo tengo vivo, porque cada vez que me agacho me duele; si cargo un balde de agua, me hace sangrar. Me han mandado al doctor para hacerme esto y lo otro. Para el dolor de cabeza tengo que estar tomando pastillas, porque el dolor me pasa así de este lado [desde el cuello hasta la cabeza], entonces eso es la presión. Cuando me mandan acetaminofén, se me quita por unos tres días, pero cuando tengo rabia, me vuelve.

Amparo afirma que los dolores del cuerpo son pasajeros, pero que los del alma nunca desaparecen, que no se van. Con voz triste y baja, para que sus hijas no la escuchen, confiesa que después de las violaciones quedó sufriendo profundamente. A veces se siente tan deprimida que no quiere hablar con nadie, y cuando los recuerdos la asaltan se pone a llorar o a gritar. También sufre por haber sido víctima de desplazamiento una vez más. Primero, se fue a un pueblo cercano a Pasto, cuyo nombre no puede recordar, ni pronunciar, ya que nunca tuvo la oportunidad de ir a la escuela y no sabe leer ni escribir. Luego, tuvo que moverse de nuevo, esta vez a Sibundoy (Putumayo) donde no conoce a nadie y donde la atención como víctima de desplazamiento ha sido muy precaria. Amparo cuenta que hay momentos en que no tiene ni para una libra de arroz, y que está a punto de ser desalojada de la casa donde vive porque no ha podido pagar el alquiler. Está a la espera de que su hija, Yamileth, le envíe algo de dinero para poder comprar comida. A pesar de las cicatrices en su cuerpo y las lecciones grabadas en su alma, Amparo dice que aún quiere seguir luchando para sacar adelante a su familia. Sueña con tener una casa propia, alejada en el campo, donde pueda vivir en paz, sin que nadie la moleste.

The background of the entire image is a repeating pattern of purple butterfly wings. The wings are detailed with fine lines and dots, and they are arranged in a way that creates a sense of depth and movement. The color is a vibrant, slightly dark purple. The text is centered in a white rectangular box that has a subtle drop shadow, making it stand out against the pattern.

**Yo no entiendo
por qué a mí
siempre me
pasa lo mismo**



Cuando apenas tenía cinco años, Yamileth acompañaba a su madre, Amparo, y a su hermano mayor en las largas jornadas de minería artesanal. A tan corta edad estaba expuesta a los peligros inherentes a esta labor: accidentes durante la extracción de los yacimientos; derrumbes; las caudalosas aguas del largo río Patía El Viejo, que con sus 400 kilómetros de recorrido era testigo de los deslizamientos de las montañas circundantes; y del riesgo constante de ser mordida por alguna serpiente. Así lo narra Yamileth, rebuscando entre los pocos recuerdos que guarda del lugar donde nació.

Lo más peligroso de allá era que, cuando pasábamos el río, había culebras. También cuando uno agarraba la leña, había culebras; si uno sacaba la olla, había culebras; estaban por todos lados. Uno bajaba de la casa, por ahí, por la caña, y había culebras. También el río es peligroso porque se sube hasta un puente alto que hay allá; uno pasaba y eso temblaba, era de tabla. El que caía de allí no volvía más⁵.

Yamileth también recuerda con horror lo que presenció cuando tenía apenas tres años. Vio a un hombre

5 El testimonio de Yamileth se encuentra en CNMH. Es una entrevista a una mujer afrocolombiana de 19 años, hija de Amparo, Tumaco (2020).

golpeando brutalmente a dos mujeres blancas y rubias, estrellándoles la cabeza una y otra vez contra un basurero metálico. Este recuerdo se le repite con insistencia y destaca constantemente el hecho de que las mujeres eran blancas y rubias. Su asombro no es solo por ver mujeres con esas características en un territorio mayoritariamente afrodescendiente, sino, tal vez, por la percepción de que solo ciertos cuerpos son víctimas de ese tipo de violencia. En su realidad cotidiana, los cuerpos maltratados, abusados y oprimidos siempre han sido los de mujeres racializadas, indígenas y afrodescendientes como ella, su madre, sus hermanas y sus amigas. Nunca supo qué les sucedió a esas mujeres ni entendió por qué eran agredidas de manera tan salvaje.

Yamileth nació en febrero de 2002 en Patía El Viejo (Nariño), un lugar que hoy está deshabitado debido a la violencia de los grupos armados, el abandono del Estado, el racismo estructural, la minería a gran escala y el desplazamiento forzado. Aunque sus recuerdos de ese lugar son vagos, están marcados por el miedo. Cuando tenía seis años, ella y su familia tuvieron que huir en plena noche, bajo las amenazas del tío de su hermano, quien les exigió abandonar la finca donde vivían. Esa tierra había sido heredada por su hermano, pero el tío reclamaba que era suya y les dio un ultimátum para irse de inmediato. Con

pocas pertenencias, emprendieron una huida a través de las montañas. Su hermano cargó a Yamileth y a su hermana Jessica, mientras su madre llevaba a la pequeña Yuli en brazos. El camino era peligroso, lleno de minas antipersona y otros riesgos.

El uso de minas antipersona ha sido una estrategia indiscriminada y devastadora dentro del conflicto armado colombiano, empleada principalmente por grupos guerrilleros. Como señala Velandia (2019), tras la firma del Tratado de Ottawa en 1997, que prohíbe el uso de minas antipersona, el Gobierno colombiano inició el desminado de sus bases militares, mientras que las guerrillas, especialmente las FARC-EP, intensificaron su uso. Durante la década del 2000 al 2010, el minado de territorios, particularmente en el Pacífico nariñense, aumentó considerablemente, ya que esta región representa un corredor estratégico para el control territorial y las actividades del narcotráfico. Las minas antipersona afectaron principalmente a las comunidades rurales y empobrecidas, muchas veces víctimas inocentes atrapadas en medio de la violencia. Según las estadísticas de la Asistencia Integral a las Víctimas de Minas Antipersona (MAP) y Municiones sin Explotar (MUSE) (Acción Contra Minas, 2022), en el departamento de Nariño, entre 1990 y 2022, se registraron más de 1057 víctimas de estos explosivos letales.

Yamileth, con admiración hacia su hermano, recuerda esos momentos con gran claridad: «Eso estaba lleno de minas. Mi hermano iba viendo, él sabía dónde había minas y dónde no». Yamileth relata que, tras ser salvada por su hermano, a quien considera un «dios de carne y hueso» por haberla protegido de esos mortales artefactos, ella y su familia llegaron a un corregimiento llamado La Esperanza. Allí un sacerdote de la pequeña iglesia local les ofreció refugio y alimento por un tiempo, además de bautizarla en señal de bienvenida.

En La Esperanza, una señora que fue mi madrina me regaló un tarro de monedas grande, con monedas de quinientos. La señora quería quedarse con mi hermano, pero mi mamá dijo que a su hijo no lo iba a dejar. Yo me quería quedar con ella, pero mi mami dijo que tampoco. El padre también nos ayudó con buena plata, nos ayudó para que nosotros nos viniéramos.

Posteriormente, Yamileth y su familia continuaron su camino hacia Tumaco, conocida como La Perla del Pacífico. En Tumaco, la belleza natural convive con la realidad del abandono estatal, el desarraigo, el desplazamiento forzado y la exclusión social y política. Esta ciudad, con su imponente océano y su entorno geográfico que combina playas con selvas tropicales, también refleja

las profundas desigualdades sociales que marcan la vida de sus habitantes.

En Tumaco, Yamileth, su madre y sus hermanos comenzaron una nueva vida. Se instalaron cerca de su abuela y los niños empezaron a asistir a la escuela, mientras que su madre y su hermano mayor trabajaban. Era el año 2010, su madre, Amparo, estaba a punto de dar a luz a su octava hija. Cuando comenzaron las contracciones, Amparo envió a Yamileth y a sus cinco hermanos a la casa de la abuela, que estaba en el mismo vecindario, un barrio pequeño con solo tres casas.

Mientras Amparo se dirigía al hospital, la abuela se quedó con ellos durante la mañana, pero pronto tuvo que irse a trabajar. Todas las mañanas, la abuela de Yamileth salía al manglar cuando bajaba la marea, sumergiendo la mitad de su cuerpo en el lodo para dedicarse a la tarea de «pianguar» o «conchar», una actividad ancestral llevada a cabo por generaciones de mujeres afrodescendientes en el Pacífico. Esta práctica consiste en la extracción de la piangua o anadara tuberculosa, un molusco cubierto por dos conchas, con carne de color amarillo y negro, de textura cauchosa y sabor exquisito, que es ingrediente esencial en diversas recetas de la cocina tradicional. Durante siglos, «pianguar» ha sido un medio de sustento para muchas mujeres afrodescendientes y sus familias.

En ausencia de su madre y su abuela, Yamileth, de tan solo ocho años, se convirtió en la responsable de sus hermanitos. Mientras jugaban y reían, escucharon que alguien llamaba a la puerta. Al asomarse, Yamileth vio que era su único vecino, quien vivía en la casa de al lado. Intuyendo que algo no andaba bien, sintió un nudo en el estómago. Rápidamente tomó a sus hermanos y los llevó a una de las habitaciones, encerrándolos allí. Los golpes en la puerta se volvieron más fuertes y el miedo se apoderó de ella, mientras el vecino seguía insistiendo con cada vez más violencia.

Yo le dije: «¡Mi mami está aquí!» Y él empezó a entrar a las piezas a fijarse. Me cogió de la mano y yo lloraba y lloraba. Allí solo estaban la casa de mi abuela, de mi mami y la de él; en ese tiempo no había más casas. A mi hermana y a mis otros hermanitos los encerré en la pieza de mi abuela, entonces él gritaba: «¡Dónde está!, ¡dónde está tu mamá!». Él tenía una puñaleta, por aquí tengo una cortada. Entonces yo le dije: «Ahí adentro está mi mamá», y él empezó a tocarme y a amenazarme con esa puñaleta, diciéndome que me quedara quieta o si no me iba a cortar. Aunque sí me cortó, yo lloraba y lloraba.

Yamileth revive esa escena con una calma aparente, mientras su mirada se posa en la cicatriz de su brazo y luego se pierde en el vacío. Es como si en su mente desfilaran,

una tras otra, las imágenes de aquel aterrador momento. Son recuerdos que no comparte, asegura que prefiere olvidarlos, aunque su expresión delata el peso que aún cargan en su interior. Yamileth fue agredida sexualmente por su vecino. Momentos después de lo sucedido, su madre llegó a la casa y encontró al vecino todavía merodeando. Con las fuerzas debilitadas por haber dado a luz recientemente y sin poder correr, ella tomó un garrote e intentó golpearlo, pero el hombre logró escapar. Aquel vecino, que se hacía pasar como habitante de la comunidad, en realidad era un informante infiltrado de un grupo paramilitar, para obtener información sobre los movimientos de la guerrilla en el territorio.

Yamileth vivía en un territorio en disputa entre varios grupos armados, donde los habitantes no solo eran testigos, sino también víctimas de la apropiación y control sobre sus cuerpos. Tras el incidente, la niña fue llevada al Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) para recibir atención inmediata y para que las autoridades investigaran al responsable. Sin embargo, en lugar de centrarse en la protección de la niña, la institución reprochó a la madre por haber dejado solos a sus hijos mientras estaba en el hospital dando a luz. Esta situación revictimizó a Amparo, quien fue culpada por lo sucedido, sin tener en cuenta que había ido al hospital por primera vez para

dar a luz, ya que en partos anteriores siempre lo había hecho sola o con la ayuda de su madre. En esta ocasión, al complicarse el parto, tuvo que buscar asistencia médica. Como castigo, el ICBF le quitó a Yamileth, permitiéndole solo visitas esporádicas. Esta separación fue un martirio tanto para Amparo como para Yamileth, quien narra con una sonrisa amarga el dolor de estar lejos de su madre en un momento de tan profunda vulnerabilidad:

Estar en el Instituto de Bienestar no me gustó, yo no comía casi. Comía una cucharadita y me iba a acostar a dormir; una cucharadita y me acostaba. No tomaba ni sopa ni jugo, mejor dicho. Entonces, me empezaron a coser la ropa porque ya no me quedaba más; me quedaba grande.

Amparo fue acusada de maltrato por una trabajadora del ICBF, a pesar de que la niña lo negó de manera frecuente. Sin embargo, la funcionaria persistía en sus señalamientos. En una de las visitas, Amparo le llevó a su hija un par de aretes como regalo. Yamileth, emocionada, se los puso de inmediato, pero al cabo de unas horas sufrió una reacción alérgica al material, lo que le provocó hinchazón en los lóbulos de las orejas y parte del rostro. Este incidente fue usado como pretexto para reforzar las acusaciones de maltrato infantil, desviando la atención del

abuso sexual que Yamileth había sufrido y de la profunda depresión que la consumía.

Cuando Yamileth salió del ICBF, con casi trece años, se le permitió regresar con su madre, pero con dos condiciones que impactaron profundamente sus vidas. La primera, era que debían abandonar el barrio donde vivían; la segunda, que Yamileth debía someterse a un tratamiento anticonceptivo. Ambas medidas tuvieron consecuencias devastadoras. Por un lado, se vieron obligadas a dejar su hogar y mudarse a una pequeña casa cerca de la playa. El salario de su madre, quien era cabeza de hogar, no alcanzaba para cubrir los gastos del alquiler y mantener a la familia. Esto los llevó a vivir en condiciones aún más precarias, exponiendo a los otros miembros de la familia, en su mayoría menores de edad, a una vida de carencias extremas. Luego de ocho meses de esfuerzo, la situación se volvió insostenible y el dueño los desalojó por no poder cumplir con el pago del alquiler; si pagaban la renta, no tenían para comer. Por otro lado, la imposición del tratamiento anticonceptivo sin el consentimiento de Yamileth fue una nueva forma de violencia. A pesar de que no se tomaron medidas para investigar, capturar ni juzgar al hombre que la había agredido sexualmente, la niña fue sometida a un tratamiento que vulneraba sus derechos sexuales y reproductivos. Así lo recuerda ella:

A mí nunca me gustó esa condición, pero el Instituto de Bienestar la impuso, si yo salía, me iban a colocar una pila [un implante anticonceptivo debajo de la piel], a pesar de que no había este... ¿me entiende? [refiriéndose a que aún no tenía su primera menstruación]. Yo era una niña, yo no quería, pero, aun así, a los trece años me colocaron la pila.

Yamileth habla de ese momento con rabia e impotencia, por no haber podido decidir sobre su propio cuerpo. El dolor de tener que cargar con un objeto extraño que, además de recordarle constantemente lo que había vivido, la hacía sentir doblemente vulnerada. Hoy en día, Yamileth sufre problemas de salud como migrañas, obesidad e hipertensión, condiciones que están asociadas a la carga hormonal del anticonceptivo que le impusieron sin su consentimiento.

Una de las hermanas de Yamileth desapareció hace catorce años. Un día, su madre, Amparo, recibió información sobre su posible paradero, por lo que decidió ir a buscarla. Durante esos días, Yamileth y sus hermanas se quedaron al cuidado de su tía, quien se comprometió a velar por ellas hasta el regreso de Amparo. Una noche, el esposo de la tía llamó a Yamileth y le pidió que le preparara una yuca. Con actitud diligente, comenzó a cocinar, pero mientras estaba concentrada en la tarea, el hombre se le acercó,

empezó a tocarla y nuevamente Yamileth fue violentada sexualmente. «Como mi tía duerme tan profundo, yo gritaba ¡tía, tía!, pero ella no me hacía caso. De buenas que se despertó mi hermana. Eso también lo conté en el Instituto de Bienestar, entonces lo buscaron, pero como él se fue, ese caso se quedó así».

Invadida por la furia, el odio y los celos, y sin haber defendido a Yamileth, su tía dirigió toda su rabia hacia ella en lugar de enfrentar a su esposo, quien era el verdadero culpable. En un ataque violento, la tía comenzó a golpearla y, en un momento de furia descontrolada, tomó una botella y le pegó en la cabeza. A pesar de estar herida, Yamileth encontró la fuerza para defenderse, sin importar que se tratara de su propia tía. Logró arrebatarse la botella y la golpeó también, antes de escapar. Así lo relata Yamileth:

Yo la hubiera golpeado hasta dejarla tirada, porque la ley me hubiera dado la razón a mí, ya que ella es una persona mayor de edad y me viene a pegar, además de que su marido me violó. No podía volver a mi casa, dormía en la calle porque ella vivía pendiente de mí, a las cuatro de la mañana, o de noche, a las once o doce, estaba vigilándome por la ventana de mi abuela. A veces dormía en el soberado de la casa.

En esos días, el sufrimiento de Yamileth era doble. No solo cargaba con el dolor de haber sido abusada nuevamente,

esta vez por su tío político bajo la mirada cómplice de su tía, sino también con la persecución constante de ella, quien la hostigaba día y noche, culpándola por algo que no había cometido. Desesperada, Yamileth acudió nuevamente al ICBF, donde denunció a ambos por abuso sexual e intento de homicidio. Sin embargo, hasta el día de hoy, el caso permanece cerrado, ya que el tío desapareció sin dejar rastro y nadie volvió a buscarlo. A la tía nunca le imputaron cargos las autoridades, pero, como dice Yamileth: «La justicia debía llegar en algún momento».

Con el tiempo, la tía enfermó; su cuerpo se hinchó y en el hospital no lograban dar un diagnóstico concreto de lo que le sucedía. En la comunidad corrían rumores de que se trataba de brujería o que era la maldad la que la consumía. Nunca se supo con certeza, pero murió sola, sin sus hijos ni su familia cerca. No hubo dinero para un ataúd, por lo que la enterraron en una caja de madera que lograron improvisar. Tampoco hubo tiempo para una salve ni para un alabao, esos cantos fúnebres de las comunidades afrodescendientes del Pacífico que acompañan el tránsito del alma entre la vida y la muerte.

Yamileth también enfermó y estuvo postrada en cama durante dos meses a causa de aquel nuevo episodio de violencia sexual en su vida. Sentía que no se recuperaría, que lo único que la esperaba era la muerte. Su madre y las

funcionarias del ICBF la visitaban en el hospital donde estaba internada. También la visitaba un amigo que le gustaba; él la cuidaba todo el día, a pesar de que ella le insistía que se fuera a descansar y a comer a su casa. Ese amigo es ahora su novio. Lo conoció en El Piñal, una zona rural de Tumaco. Yamileth lo describe como una persona trabajadora, comprensiva y maravillosa, alguien que ha estado con ella en los momentos más difíciles, que la quiere y no la maltrata. Quizá por eso decidió irse a vivir con él en El Piñal, mientras ambos logran organizarse y casarse más adelante. Así lo cuenta ella:

Los planes son casarme con él, porque en la iglesia yo estuve en el evangelio y todo. Los mismos años que estuve en el Instituto de Bienestar me metieron a la iglesia, tengo en la casa toda clase de biblia; eso a mí me marcó bastante. Entonces pienso que casándome puedo tener hijos, porque yo no quiero tener hijos fuera del matrimonio.

Una noche, en El Piñal, Yamileth salió con su hermana y un amigo a una discoteca. Esa vez mezcló vino, ron y cerveza, y por la falta de costumbre con el alcohol y la combinación fatal, comenzó a sentirse muy mareada. Se sentó mientras su hermana se fue a dar una vuelta en moto con su amigo. Durante el paseo, se cayeron en un barrizal y regresaron a la discoteca con la ropa mojada y sucia. La

hermana de Yamileth, que tenía solo trece años, también estaba ebria. Se acercó a unos chicos que acababa de conocer y salió a bailar con ellos. Yamileth, preocupada, le sugirió que mejor se fueran a la casa para que pudieran bañarse y cambiarse, pero su hermana no le hizo caso. Al dejar de insistirle, Yamileth decidió irse sola, caminando con dificultad. Cuando llegó a la casa, trastabillando, olvidó cerrar la puerta. Se sentía tan mal que no tuvo fuerzas ni para quitarse la ropa ni los zapatos antes de caer dormida.

Cuando comencé a despertarme al otro día, estaba desnuda. Mi hermana llegó oliendo feo, como le dije, toda mojada, lavándose la cabeza; llegó revolcada, llena de barro, mejor dicho, llegó fea. Apenas llegó, se tiró a la cama. Yo le dije: «Yuli tu pelo huele feo». Y ella solo me dijo así: «Es que yo amanecí sin camisa». Amaneció sin camisa y con la falda toda alborotada. Escuché decir que había dormido con tres hombres y que habían hecho no sé qué cosa entre ellos ahí.

Yamileth, a punto de cumplir diecisiete años, se despertó desorientada y confundida. No comprendía lo que estaba sucediendo, no sabía por qué se había despertado sin ropa, cuando recordaba claramente haberse quedado dormida vestida. Tampoco entendía las palabras de su hermana ni de qué hombres le hablaba. Sintió la necesidad de salir a tomar aire, así que se sentó afuera de la

casa, intentando ordenar sus pensamientos y reconstruir lo ocurrido. De repente, un nudo le apretó el pecho al ver un enjambre de avispas revoloteando cerca, como si fuera una señal de que algo grave había pasado.

En ese momento, apareció su suegro visiblemente molesto. Comenzó a reclamarle por haber permitido que unos hombres entraran en la casa, acusándola de haberlos metido en la cama de su hijo. La atacó con dureza, diciendo que jamás habría esperado ese tipo de comportamiento de ella. Además, le exigió que su hermana debía irse de inmediato, responsabilizándola de todo lo ocurrido. Ante esto, Yamileth tomó una firme decisión, si su hermana se iba, ella también se marcharía. No estaba dispuesta a dejarla sola, aunque ambas seguían sin comprender completamente lo que había sucedido.

Yamileth fue al río para darse un baño e intentar calmarse. Mientras estaba sentada en una roca, un hombre la llamó desde la orilla. Le dijo que se acercara, que tenía una información importante para ella. Yamileth se negó, pero él insistió con tono autoritario, diciéndole que debía ir, que la información era para su propio bien. Ante su negativa, el hombre agregó con tono amenazante: «Si no vienes por tu cuenta, yo mismo voy a sacarte del río». Yamileth continúa su relato:

Para no meterme en tanto problema, mejor me salí. Entonces él me dijo: «¿Cierto que pasó tal cosa?», y yo le dije: «Sí, mire los moretones que tengo aquí; no me acuerdo de nada». Entonces él me dijo: «Vaya a su casa y mire si hay una gorra. Si hay una gorra, es porque sí es verdad lo que andan diciendo». Fui a mi casa y allí estaba esa gorra; era del primo de mi novio.

Dos de las personas involucradas en los hechos que relata Yamileth eran familiares de su novio e integrantes de la guerrilla de las FARC-EP. El hombre del río también formaba parte de este grupo y lo sabía todo, porque fue algo planificado. De hecho, le habían ofrecido participar, pero él se negó, ya que, por órdenes de los comandantes, ese tipo de comportamientos estaba prohibido. Yamileth cuenta que, en casos donde alguien dentro de las filas de las FARC-EP cometía abusos o crímenes sin autorización, esa persona era investigada y castigada con la muerte. Así fue como uno de los hombres que participó en las violaciones fue ejecutado poco después. Sin embargo, los otros dos no enfrentaron ninguna consecuencia, ya que eran sobrinos del comandante de la zona.

Yamileth desarrolló un profundo terror hacia su casa; no podía estar allí sin sentir una intensa sensación de inseguridad. Solo regresaba a altas horas de la noche, directamente para dormir. Un día decidió irse a la casa

de una tía, donde permaneció una semana, buscando recuperarse y tratar de dejar atrás el miedo. Sin embargo, la vergüenza y la tristeza la seguían persiguiendo. En la comunidad, todos sabían lo que había ocurrido aquella noche, la señalaban, culpaban y discriminaban, como si fuera la responsable de lo sucedido.

Al otro día, mejor dicho, todo el mundo me odiaba, nadie me hablaba. Antes me vendían helados, ahora ya no. Mejor dicho, todo el mundo me tiene rabia; ya ni puedo ir a jugar bingo, porque no me dejan jugar. Porque todos ellos son familia; todo lo que usted llama Piñal, es familia.

Yamileth narra esta parte de su vida con una mezcla de tristeza y resignación. Sin embargo, pronto recupera su energía y con una chispa en los ojos comenta que algunas personas en su comunidad han comenzado a hablarle de nuevo, intentando restablecer la amistad que se había roto. Después de todo lo sucedido, decidió regresar a Tumaco, a la casa de su madre. Mientras tanto, su novio trabajaba fuera de El Piñal y nunca se enteró de lo que había pasado en su casa durante su ausencia. Nadie le avisó y Yamileth vivía con el miedo de contarle. No era solo el temor al juicio de la comunidad, sino el miedo profundo de que él pudiera rechazarla o culparla por lo sucedido.

Además, temía que su novio tomara represalias contra los hombres que le hicieron daño, ya que eran sus propios primos y estaban vinculados a un grupo guerrillero. Cualquier enfrentamiento podría ser fatal, no solo para él, sino para toda la familia. Cuando su novio llegó y vio que ella no estaba en casa, fue a buscarla. Yamileth no tenía el valor de contarle lo que realmente había ocurrido. Le dijo simplemente que se había ido a casa de su madre para pasar unos días con su familia. Pero fue su madre quien, con firmeza y sabiduría, la animó a hablar con él. Le recordó que era mejor que él escuchara la verdad de su boca, antes de que alguien en la comunidad se lo contara de una manera más cruel. Además, le dijo que él también tenía parte de la responsabilidad por haberla dejado sola. Con un suspiro de alivio, Yamileth sonríe al recordar esas palabras de su madre, que le dieron el valor para enfrentar la situación

En muchas comunidades, como en el caso de Yamileth, el peso del silencio y la culpa suele recaer sobre los cuerpos de las mujeres, especialmente cuando son víctimas de violencia sexual. En un entorno que las juzga y señala, muchas enfrentan no solo el trauma, sino también el temor de ser rechazadas o abandonadas por sus seres queridos. Yamileth, una joven que ha vivido los horrores del conflicto armado y el abuso, conoce bien este doble sufrimiento. Sin embargo, en su caso, menciona con alivio:

«Mi novio se enteró de esto, mi mamá se lo dijo. Mire que es una persona tan comprensiva, que dijo: “No me importa”». La reacción de su novio fue un bálsamo en la vida de Yamileth. El apoyo que recibió por parte de él contrastaba fuertemente con la pesada carga de vergüenza que la comunidad había impuesto sobre ella. Este respaldo le brindó un respiro en medio de tanto dolor y rechazo, permitiéndole sentir que, a pesar de todo, no estaba sola.

Yamileth y su madre se referían a los abusos que ambas habían sufrido a lo largo de sus vidas como «accidentes», un término que intentaba suavizar el dolor y lo inenarrable de sus experiencias. Sin embargo, esos «accidentes» no eran casualidades ni hechos aislados, sino el resultado de un sistema estructural que oprime, discrimina y estigmatiza a las mujeres por su género y pertenencia étnica. Históricamente, este tipo de violencia ha sido una constante en la vida de las mujeres negras, desde los tiempos de la esclavización hasta hoy, dejando un legado de abuso que ha sido heredado por sus hijas y nietas. Esta violencia, que en muchos casos es reforzada por la complicidad familiar y las estrategias de guerra, perpetúa una cultura de violación y dominación. No solo busca controlar los cuerpos de estas mujeres, sino también eliminar su identidad cultural, social y política, alimentando así el racismo y el sexismo que aún persisten a lo largo del tiempo.

Yamileth relata que, a veces, su mente se remueve y recuerda los episodios de violencia sexual que sufrió, lo que la lleva a llorar con intensidad. Describe una sensación de profundo dolor, como un golpe en el pecho. Sufre de pesadillas recurrentes, siente pánico de estar sola en casa y le resulta difícil mantener relaciones sexuales con su pareja, ya que la vergüenza la invade. A menudo, se siente juzgada por la gente, especialmente por aquellas personas que conocen su historia. Confiesa que hablar sobre lo ocurrido es doloroso, porque revivir esos recuerdos es difícil, pero al mismo tiempo le ayuda a desahogarse y a liberar el peso que lleva por dentro. Acepta que lo que le sucedió es algo que no se supera fácilmente y que no puede olvidar, pero se esfuerza en hacerlo para encontrar algo de paz y poder vivir con tranquilidad.

Durante ocho meses tuve una psicóloga por todo esto. Desde entonces me he sentido bien, aunque de noche no puedo dormir sola, tengo pesadillas. Cuando trato de dormir sola, siento que hay una persona al lado y cuando abro los ojos empiezo a llorar. Una vez sentí que esa persona me intentó ahogar con una almohada; eso es un espejismo, una pesadilla; no podía respirar, estaba mal y tenía todo el cuerpo arañado. A veces siento que en la casa anda alguien y salgo afuera; otras veces entro y dejo la puerta abierta. Desde ahí no he podido dormir en paz, no

he podido tener confianza. Mire que ni con mi pareja he podido tener confianza, a pesar de tantos años que llevamos juntos. En la parte íntima, todavía no estoy tranquila, hay algo que me duele, que no puedo superar. A él no le he podido contar bien la historia, con detalle, porque me da pena. Este país es muy discriminador y me da pena.

Yamileth decidió irse unos días de Tumaco a Sibundoy (Putumayo) para visitar a su madre, Amparo, quien tuvo que establecerse temporalmente allí debido a su situación de desplazamiento forzado. Durante su estancia, Yamileth consiguió un trabajo en una comunidad cercana, con la intención de ayudar a su madre. Sin embargo, Amparo comenta que han pasado varios días y aún no ha recibido dinero de parte de su hija.

Para Yamileth, quien terminó su bachillerato a los dieciséis años, el mayor anhelo es convertirse en profesional y formar parte de la Policía Nacional.

Referencias

- Acción Contra Minas. (2022). *Estadísticas de Asistencia Integral a las Víctimas de MAP y MUSE*. <http://www.accioncontraminas.gov.co/Estadisticas/estadisticas-de-victimas>
- Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID). (2010). *Diagnóstico: las zonas de Nariño afectadas por la violencia*. <http://ccai-colombia.org/files/primarydocs/1011nari.pdf>
- Camacho, J. (2004). Silencios elocuentes, voces emergentes: reseña bibliográfica de los estudios sobre la mujer afrocolombiana. En M. Pardo, C. Mosquera y M. C. Ramírez (eds.), *Panorámica afrocolombiana. Estudios sociales en el Pacífico* (pp. 133-157). Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) y Universidad Nacional de Colombia.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2015). *Aniquilar la diferencia: Lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas en el marco del conflicto armado colombiano*. CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2017a). *La guerra inscrita en el cuerpo: informe nacional de violencia sexual en el conflicto armado*. CNMH.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2017b). *Una guerra sin edad: informe nacional de reclutamiento y utilización de niños, niñas y adolescentes en el conflicto armado colombiano*. CNMH.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2018a). *Expropiar el cuerpo: crónicas de mujeres afrodescendientes víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto armado colombiano*. CNMH.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2018b). *Bloque Calima de las AUC. Depredación paramilitar y narcotráfico en el suroccidente colombiano. Informe no. 2, Serie: Informes sobre el origen y actuación de las agrupaciones paramilitares en las regiones*. CNMH.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2018c). *Memoria histórica con víctimas de violencia sexual: Aproximación conceptual y metodológica*. CNMH.

Chaves, M. E. (1998). La mujer esclava y sus estrategias de libertad en el mundo hispano colonial de fines del siglo XVIII. *Anales*, 1, 91-118.

Fundación Ideas para la Paz (FIP), Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) y Organización Internacional para las Migraciones (OIM). (2014). *Unidad de análisis 'siguiendo el conflicto' - boletín #69: Dinámicas del conflicto armado en Tumaco y su impacto humanitario*. Área de Dinámicas del Conflicto y Negociaciones de Paz. <https://storage.ideaspaz.org/documents/52f8ecc452239.pdf>

- Gallego, G. (2022). *Robar el alma: Masculinidades y violencia sexual contra hombres en el marco del conflicto armado colombiano*. Universidad de Caldas. https://www.academia.edu/83883822/ROBAR_EL_ALMA_Masculinidades_y_Violencia_Sexual_contra_hombres_en_el_marco_del_conflicto_armado_en_Colombia
- Grupo de Memoria Histórica (GMH). (2010). *La masacre de Bahía Portete: Mujeres Wayúu en la mira*. GMH-CNRR.
- Humanitarian Response. (2020). *Briefing Regional Humanitario. Nariño (enero-diciembre, 2020)*. Equipo Local de Coordinación, Nariño. <https://docslib.org/doc/748054/briefing-departamental-nari%C3%B1o>
- Humanas Colombia. (2020, 26 de mayo). *Panel: Justicia integral para mujeres víctimas de violencia sexual. Reflexiones y aprendizajes de la investigación desde los enfoques de género y étnico-raciales*[video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=JWAljxQzYYw&feature=youtu.be>
- Jiménez Torrado, C. y Osorio Pérez, V. (2019). *Historias tras las cortinas*. Ediciones Escuela Nacional Sindical. https://www.ens.org.co/wp-content/uploads/2019/03/TRA_DOM_2019.pdf
- Lozano, B. y Peñaranda, B. (2007). Memoria y reparación: ¿y de ser mujeres negras qué? En M. Pardo, C. Mosquera y M. C. Ramírez (eds.), *Panorámica afrocolombiana. Estudios sociales en el Pacífico* (pp. 301-327). Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) y Universidad Nacional de Colombia.

MADRE. (2021). *Persecución racial, étnica y de por motivos de género en el conflicto colombiano: presentación a la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición de Colombia*.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo (ASDI). (2010). *Nariño, Análisis de la Conflictividad*. https://info.undp.org/docs/pdc/Documents/COL/00058220_Analisis%20conflictividad%20Nari%C3%B1o%20PDF.pdf

Velandia, F. (2019). *La problemática de las minas antipersonal en Colombia: Hacia el cumplimiento efectivo del Estado Colombiano con el Artículo V de la Convención de Ottawa*. [Tesis de maestría, Universidad Externado de Colombia]. https://www.cancilleria.gov.co/sites/default/files/FOTOS2020/2019_f_velandia_tesis_maestria_iaed_0.pdf

Vergara Figueroa, A. y Cosme Puntiel, C. L. (Eds.). (2018). *Demando mi libertad. Mujeres negras y sus estrategias de resistencia en la Nueva Granada, Venezuela y Cuba, 1700-1800*. Editorial Universidad Icesi.

Entrevistas

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2019, septiembre 26). Entrevista a mujer afrocolombiana de 50 años, Tumaco, Nariño.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2019, septiembre 28). Entrevista a mujer afrocolombiana, lideresa social de 59 años, Buenaventura, Valle del Cauca.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2020, noviembre 18). Entrevista a mujer lideresa afrocolombiana de 38 años, Tumaco, Nariño.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2020, noviembre 18). Entrevista a mujer afrocolombiana de 19 años, Tumaco, Nariño.







Expropiar el cuerpo: crónicas de mujeres afrodescendientes víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto armado colombiano, es fruto de las acciones que el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) lleva a cabo con el objetivo de visibilizar los impactos específicos y diferenciales de las violencias ejercidas contra las mujeres por parte de distintos actores armados.

El libro presenta cuatro relatos de mujeres que se autorreconocen como negras y afrocolombianas víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto armado en el Pacífico colombiano; y documenta, en formato de crónica, las historias de Mil, Flor de Margarita, Amparo y Yamileth, un grupo de mujeres que decidieron romper el silencio, se permitieron hablar de aquello que no se nombra y encontraron en las palabras una forma de reconfigurar el dolor y el olvido.

Estas narraciones no abarcan la totalidad de las complejas dinámicas de la violencia sexual ni de las múltiples formas de violencia que afectan a las mujeres negras, afrocolombianas, raizales y palenqueras, pero ofrecen una perspectiva valiosa sobre elementos comunes que permiten comprender la intersección de diversas capas de dominación, opresión, marginación y discriminación.